

Imagen del poeta José A. Negrón Sanjurjo

*Miguel Ángel Náter, Ph. D.
Director
Seminario Federico de Onís*



La poesía de José Antonio Negrón Sanjurjo (Barranquitas, 1864-Ponce, 1927) no ha recibido la atención de una crítica profunda, salvo la que Ángel M. Mergal le dedicó en su disertación de maestría, presentada al Programa Graduado del Departamento de Estudios Hispánicos del Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico en 1940. Fue un trabajo que había comenzado a dirigir Antonio S. Pedreira, pero que aprueba finalmente la no menos profunda crítica Concha Meléndez, entonces directora del departamento después de la muerte del insigne ensayista, autor de *Insularismo* (1934). Aquella disertación se titula *José A. Negrón Sanjurjo, su tiempo, su vida y su obra*.

Valdría la pena detenernos en la obra literaria de Negrón Sanjurjo para precisar su aportación al desarrollo de la lírica en Puerto Rico, especialmente en la transición hacia el modernismo en la última década del siglo XIX. Tradicionalmente –siguiendo las ideas de Cesáreo Rosa-Nieves y Enrique A. Laguerre, hoy ya superadas, en buena medida– se pensó que el modernismo se había desarrollado tardíamente

en la Isla. Aunque para Rosa-Nieves el primer poeta modernista había sido José de Diego, por haberse relacionado con el grupo de poetas afiliado a la revista *Madrid Cómico* hacia 1890, el modernismo debía su principal apogeo y desarrollo a *Revista de las Antillas* (1913-1914) de Luis Lloréns Torres¹. Si bien De Diego pensaba que había sido el primer poeta en cultivar versos modernistas en Puerto Rico, dada la opinión de Rubén Darío en relación con los escritores de las revistas *Madrid Cómico* (que dirigía Sinesio Delgado) y *La Semana Cómica* (que dirigía José Fernández de la Reguera) hacia 1890², es preferible observar que se trataría del primero en imitar formalmente la poesía de aquellos poetas, aun cuando en Puerto Rico se le llegó a considerar iniciador del movimiento antes que a Darío³. En cuanto al poema titulado «Genitrix», De Diego afirma en entrevista con Evaristo Ribera Chevremont haberlo escrito en 1901, «en campo abierto del modernismo»⁴. El poema se publicó en el periódico *La Democracia* en 1902⁵. Aun así, Laguerre, siguiendo las ideas de Rosa-Nieves, señalaba que el modernismo había llegado tardíamente a la Isla y establecía cuatro características de lo que estudió y consideró como «modernismo»:

El impulso renovador que llevó hasta a la proposición de nuevas teorías poéticas y al interés en el desarrollo artístico del mundo.

La afirmación de una conciencia espiritual puertorriqueña que ahondó en lo indígena, en lo criollo y en lo iberoamericano.

¹ Ver, Cesáreo Rosa-Nieves, *La poesía en Puerto Rico*, disertación de maestría, Universidad de Puerto Rico, 1935; p. 219.

² Ver, José de Diego, «De Jovillos», *Jovillos (Coplas de estudiante)*, Barcelona, Casa Editorial Maucci, 1916; p. 8.

³ Ver, Sergio Romanacce, «José de Diego y el modernismo», *Puerto Rico Ilustrado*, año IX, número 440, 3 de agosto de 1919; p. 12.

⁴ Ver José de Diego, en Evaristo Ribera Chevremont, «Disquisiciones Literarias», *Puerto Rico Ilustrado*, 19 de enero de 1918; p. 4.

⁵ José de Diego, «Genitrix», *La Democracia*, año XII, número 3,142, 13 de marzo de 1902; p. 1. En Pomarrosas, p. 197.

El predominio del sentimiento romántico dentro del carácter ecléctico del modernismo.

La diversidad de estilo entre los poetas principales.⁶

Su definición y delimitación llevaba a una valoración del arte poético en Puerto Rico filtrado a través del tamiz de la ideología generacional que lo animaba, tras lo hispánico y el «alma puertorriqueña»:

A la luz de esas características estudiamos el movimiento que empezó a tomar bríos en 1911 y que tuvo su culminación de 1913 a 1916, aunque su influencia es todavía vigorosa en 1920. Fue breve el paso del modernismo en nuestra Isla –entró tardíamente; fue afectado por la crisis de la guerra mundial. Sin embargo, a él debemos gran parte de la actitud artística actual: el celo por preservar nuestro espíritu de pueblo.⁷

Hubo antes un intento de establecer los orígenes del modernismo en Puerto Rico a partir del paso de algunos poetas venezolanos por San Juan, especialmente por la redacción de la revista *El Carnaval*, hacia finales del siglo XIX. Se trata del artículo de Rafael W. Camejo, publicado en *Puerto Rico Ilustrado* (1917), titulado «El desenvolvimiento de la poesía modernista en Puerto Rico y sus iniciadores». Allí revelaba, según su recuerdo, que los escritores venezolanos Leoncio Martínez y José Coll y Vidal –en aquel entonces redactor del *Boletín Mercantil*– impulsaron desde las páginas de *El Carnaval* el desarrollo del modernismo en la Isla:

Leoncio Martínez, quien trajo de Venezuela una más cultivada y definida orientación y José Coll y Vidal, quien había seguido paso a paso las nuevas sonoridades y las evoluciones métricas, imprimieron con sus consejos un nuevo curso a la literatura

⁶ Enrique A. Laguerre, *La poesía modernista en Puerto Rico*, disertación de maestría, Universidad de Puerto Rico, 1942; p. 1.

⁷ *Ibid.*; p. 1.

en Puerto Rico. Los poetas fueron modificándose; se abrieron nuevos volúmenes y sonaron nuevos nombres, tales como J. Asunción Silva, Rubén Darío, Amado Nervo, Marquina, Jiménez, Machado, etc., hasta entonces totalmente desconocidos en el país.

Así empezó a formarse el ambiente: así empezamos Ribera Chevremont, José Joaquín y Evaristo, Monagas, M. Osvaldo García, R. Rodríguez Umpierre, Gautier, Nicolás Blanco, Oliveras, Samalea Iglesia, Henríquez, Diego Padró, Gómez Costa, José P. H. Hernández, el que suscribe y varios otros que, aunque viejos, desandaron su camino, ya cubierto de polvo, y emprendieron con nosotros la nueva ruta, con nosotros que aún teníamos las alforjas sin abrir.⁸

Si bien estas palabras de Camejo apuntan a la idea de un ambiente de grupo creado alrededor de Leoncio Martínez y José Coll y Vidal en *El Carnaval*, no podemos negar la afinidad y divulgación de Darío, el parnasianismo y el modernismo hispanoamericano en la prensa anterior desde el siglo XIX.

A decir verdad, después de *Las huríes blancas* (1886), de José de Jesús Domínguez –ya considerado como el primer libro (es un solo poema de 816 versos) afiliado al modernismo en Puerto Rico, tras los planteamientos de Francisco Matos Paoli⁹ y Ana María Losada¹⁰ en relación con el premodernismo de Domínguez y la discrepancia del guatemalteco Hugo Cerezo¹¹ en relación con este mismo tema, así como la consideración del mismo poema como abiertamente modernista, planteamiento debido a Edgar Martínez Masdeu–, hubo un conjunto de poetas

⁸ Rafael W. Camejo, «El desenvolvimiento de la poesía modernista en Puerto Rico y sus iniciadores», *Puerto Rico Ilustrado*, año VIII, número 365, 24 de febrero de 1917; p. 11.

⁹ Ver, Diego Marrero, «Un precursor del modernismo: José de Jesús Domínguez», *El Mundo*, 17 de agosto de 1947; p. 2

¹⁰ Ver, Ana María Losada, «Un precursor del modernismo en Puerto Rico: José de Jesús Domínguez», *Asomante*, año 3, número 1, 1947; pp. 61-71.

¹¹ Ver, Hugo Cerezo D., «José de Jesús Domínguez: ¿poeta romántico o modernista?», *Sin Nombre*, volumen 3, número 4, 1973; pp. 98-113, y volumen 4, número 1, 1973; pp. 44-71.

en la década de 1891 a 1900 que se adscribió a la estética del primer modernismo preciosista y evasivo. No podía ser de otro modo, en vista de que Darío no había publicado todavía ni siquiera *Prosas profanas* y *Los raros*. El grupo de poetas al que me refiero publicó en periódicos y revistas como *El Buscapié*, *La Democracia*, *La Ilustración Puertorriqueña*, *La Correspondencia de Puerto Rico* y *La Revista Blanca*. Esa poesía que he estudiado en otro lugar, pasó desapercibida para los estudiosos del modernismo en Puerto Rico. La pléyade estuvo constituida por Ferdinand R. Cestero, Eugenio Astol, Rafael del Valle Rodríguez (quien se encontraba desterrado en Venezuela), Lola Rodríguez de Tió (desterrada en Cuba), Ernesto Avellanet Mattei, Mariano Abril y, de un modo menos evidente, José A. Negrón Sanjurjo, entre otros. A ellos se unió el poeta venezolano Miguel Sánchez Pesquera, radicado en la Isla por aquellos años, quien es considerado por la crítica como pre-modernista. Se habían nutrido del modernismo de Rubén Darío y otros escritores latinoamericanos cuyas poesías se divulgaban en *La Democracia*, sobre todo, como Leopoldo Díaz, Justo Sierra, Andrés Mata, Salvador Díaz Mirón, Manuel Gutiérrez Nájera, Juana Borrero y Julián del Casal, entre otros. Fue especialmente de este último de quien mayor cantidad de poemas se divulgó en los periódicos de la Isla. A él dedica Ferdinand R. Cestero un soneto titulado precisamente «A Julián del Casal», así como dedicó otro «A Rubén Darío». Este detalle basta para que se reconsidere la idea de que el modernismo hispanoamericano llegó tardíamente a nuestros poetas.

En 1894, José Contreras Ramos, al referirse a José A. Negrón Sanjurjo, lo afiliaba al modernismo, aunque destacaba su faceta romántica. Y es que el romanticismo no desapareció, sino que fue parte del eclecticismo a que apuntaba la búsqueda en literaturas extranjeras y escuelas diversas que privilegió la nueva modalidad. ¿Quién que es no es romántico?, preguntaba Darío. Suscribiendo bajo la sigla «C.», Contreras ya se refería a la poesía de Negrón Sanjurjo como un baluarte de la lírica modernista en Puerto Rico:

Va adquiriendo cada día la lírica borinqueña notas nuevas,
originales, pudiendo asegurarse que de seguir en lo futuro de
igual modo la sucesiva aparición de bardos inspirados en las

palpitaciones del modernismo, nuestra poesía lírica será una de las más completas de Hispano-américa. Entre los poetas jóvenes de la nueva generación que con sus laudables esfuerzos contribuyen más eficazmente a la regeneración de nuestra poesía lírica uno de los más apreciados es Negrón Sanjurjo. Con efecto, de espíritu progresivo y tendencias ampliamente eclécticas, no se nota en él marcadamente determinada una dirección dada, bien sea la delicadamente tierna que en Gordils acusa la doble influencia francesa y germánica, ya el arranque impetuoso, desordenadísimo y pintoresco de J. de Diego en que se apercibe algo así como la feliz combinación de la poesía andaluza y de la vibradora nota que se exhala de las lirás tropicales. No hay en él tampoco, cual le sucede a Muñoz Rivera, el rugido impetuoso del león de la libertad, la poesía vibrante y enaltecedora de la patria.

Negrón Sanjurjo es tierno y delicado casi siempre, correcto en todas sus composiciones, impetuoso y valiente en ocasiones, pero siempre original, originalísimo. Como no podía menos de suceder, todas las influencias del modernismo han reaccionado sobre su alma, pero él las ha recogido y dándoles savia de su propio ser las transforma y hace de ellas *algo nuevo*, algo que no se parece a nadie.

¿Quiere esto decir que los otros bardos de nuestra juventud literaria no son originales con originalidad robusta y vigorosísima?

No; lo único que quiere esto decir es que Negrón es menos susceptible de sentir la influencia extraña y de dejarse avasallar por ella.

Los que deseamos una lírica borinqueña genuinamente americana y criolla, ponemos toda nuestra esperanza en poetas *genuinamente nuestros*, de la tierra amada, como Negrón Sanjurjo y Francisco González [sic] Marín.

Este último puede decirse que en cierto sentido es mucho más puertorriqueño que Negrón, por más que inspirándose el bardo de Sabana del Palmar en lo plácido, resulta más sentidamente romántico que el baironiano Marín, que viviendo

siempre agitado por las tormentas de la vida, encarna de mejor modo la realidad dolorosísima y palpitante de la afligida colonia.

La forma es en Negrón irreprochable, al revés de casi todos nuestros líricos, que pudieran caracterizarse muy bien por cierto bello desorden que ha impreso ya su sello sobre nuestra lírica.

Pero esta corrección de la forma no es un obstáculo para que la fantasía vuele por los espacios del mundo ideal.

En suma: Negrón Sanjurjo es un poeta que ha obtenido ya grandes triunfos y al cual espera un risueño porvenir en nuestras letras patrias.¹²

Si bien en las palabras de Contreras no queda muy bien definida la diferencia entre «modernismo» y «romanticismo», es claro que Negrón Sanjurjo se encuentra realizando una obra diferente, como lo hacía también Miguel Sánchez Pesquera, en búsqueda ambos de la poesía extranjera, de la cual fueron, a su vez, traductores. Sánchez Pesquera, incluso, mucho antes, instaba a los poetas en Puerto Rico a cantar los adelantos de la modernidad, con una mirada puesta en poetas como Lamartine y Byron, al lado de Quintana y Bello, del mismo modo que en la revista *La Azucena* había hecho la exégesis de Shakespeare, vinculándolo con Edgar Allan Poe en cuanto a la melancolía producida por el ambiente nórdico¹³. A esto se unen sus traducciones que constituirían el libro *Ecos extranjeros*, del cual se divulgaron algunos poemas¹⁴ en la *Revista Puertorriqueña* de Manuel Fernández Juncos, y su enorme traducción de *El velado profeta del Korassan*, de Tomas Moore, publicada en 1892. Sobre los adelantos,

¹² C. [José Contreras Ramos]. «José A. Negrón Sanjurjo», *La Ilustración Puertorriqueña*, 10 de junio de 1894; p. 82.

¹³ Ver, Miguel Sánchez Pesquera, «Apuntes para un estudio sobre Shakespeare», *La Azucena*, año I número 7, 15 de noviembre de 1874; p. 161.

¹⁴ Los poetas traducidos y divulgados en la *Revista Puertorriqueña* pertenecientes al libro de Sánchez Pesquera *Ecos extranjeros* son Nikolaus Lenou (1807-1850), Johan Nepomuk Vogl (1802-1866), Betty Paoli (1814-1894), Félix Arvers (1806-1850), Sandor Petöfi (1823-1849), Friedrich Rückert (1788-1866) y Hanry Wadsworth Longfellow (1807-1882).

véase el siguiente fragmento de su estudio crítico sobre la poesía de Manuel María Sama:

Nuevos tiempos crean nuevas exigencias. En el cuadrante de los siglos, como diría Lamartine, ha sonado la hora del vapor y la electricidad, la era del progreso y los grandes inventos; sean ellos el objeto de su canto. [...] Acoja benigno el ilustrado pueblo de Mayagüez a esos cantores, niños que se elevan como pimpollos de lirios sobre la superficie de los lagos azules.¹⁵

Volviendo a José A. Negrón Sanjurjo, Luis Rodríguez Cabrero exaltaba su personalidad artística e insistía en resaltar el modernismo del poeta:

En breve la bibliografía puertorriqueña se enriquecerá con una joya de inestimable valor.

Una casa editorial, de las más importantes de Barcelona, se propone dar a la estampa una edición esmeradamente impresa de las poesías de José A. Negrón Sanjurjo, poeta irreprochable, afiligranado, de gusto exquisito e ilustración nada escasa.

Sus versos, clásicos en la forma, tienen un sabor modernista que seduce y encanta, y, empleando una frase de la Biblia, muy usada por cierto, bien puede decirse con entera propiedad que Negrón Sanjurjo nos ofrece en ellos vino nuevo en odres viejos.

Su obra, llena de variedad de tonos, de gallardía de estilo, de preciosidades sin cuento, será leída con interés y delectación no sólo por las personas versadas en achaques literarios, sino aun por las más refractarias a los encantos de la poesía.

Negrón Sanjurjo conoce a fondo el mecanismo de la versificación; maneja todas las combinaciones métricas por difi-

¹⁵ Miguel Sánchez Pesquera, «Ensayo crítico de algunas de las poesías de don Manuel María Sama», *Almanaque Aguinaldo de la Isla de Puerto Rico 1879*, San Juan, Imprenta y Librería Acosta, 1879; p. 93. Debo el dato a la divulgación que realiza el colega Roberto Ramos-Perea en *Obras completas* de Manuel María Sama, San Juan, Editorial LEA, 2000; pp. 357.

ciles y complicadas que sean; es dueño de la rima; vence los mayores obstáculos; para él no hay secretos en el arte de bien decir, todo lo cual no es flojo mérito. Esto en cuanto a la parte técnica. Pero hay más.

Por lo que respecta a lo intrínseco de sus composiciones, el autor de “El ajedrez” –soneto acabado, si los hay– ha cultivado todos los géneros, desde los más triviales hasta los de más fuerte y enjundia dentro de la poesía lírica.

Si en el género festivo y en el satírico dio muestras de saladísimo *sprit*, en el que pudiéramos llamar amatorio ha hecho primores, elevándose muy alto sobre el nivel de las medianías.

No faltan entre sus versos algunos de tendencias filosóficas, y otros de íntima delicadeza, en que se nota cierta unción religiosa consagrados al recuerdo del hogar bendecido...

El antiguo régimen con sus enormes deficiencias le ha ofrecido materia copiosa para escribir composiciones de carácter político, intencionadas y maleantes (en el buen sentido de la palabra) y de ello constituyen hermosa prueba las *Retamas* que bajo el pseudónimo “Heráclito” ha publicado y suele publicar en *La Democracia*.

De las circunstancias apuntadas se deduce que la colección de sus poesías ha de resultar un libro amenísimo, de muy agradable y entretenida lectura.

Hay que añadir que en Negrón Sanjurjo han encontrado fiel, escrupuloso y genial intérprete los poetas franceses e italianos de primer orden, cuyas bellezas ha sabido interpretar con cariño y entusiasmo de verdadero artista.

Harto se me alcanza que estas ligerísimas y desmadejadas líneas que dedico a este amigo querido, dando un instante de reposo al espíritu fatigado por las continuas bregas del periodismo, carecen de importancia, y que el juicio que a mi modo formulo no ha de ejercer influencia alguna sobre el público; primero, porque carezco de autoridad suficiente para ello, y segundo por la estrecha y fraternal amistad que me une al poeta.

Así, pues, a fin de dar más validez a mis opiniones, y para que no se crea que hablo movido únicamente por el afecto y la simpatía, terminaré transcribiendo a continuación un hermoso artículo de Contreras Ramos, inserto en *La Ilustración Puerriqueña* hará cosa de tres años, y que dice, sobre el asunto que me ocupa, más de lo que yo puedo decir.

Helo aquí. [Reproduce el artículo de Contreras que he citado anteriormente.]

Hasta aquí Contreras Ramos.

Ahora sólo me resta echar la firma después de dirigir al poeta mis votos más fervientes por la pronta aparición de su libro.¹⁶

La imagen que tiene Rodríguez Cabrero de la poesía de Negrón Sanjurjo subraya la forma clásica o tradicional en la cual cincela sus versos el autor de *Mensajeras*, mezclada con los contenidos de la nueva modalidad modernista.

Quisiera arriesgar aquí la apuesta al valor de la obra de este poeta que, en su momento Tomás Carrión Maduro vinculó con el simbolismo en un artículo publicado en *La Democracia* en 1900. En la sección «Estudios críticos» se publica lo siguiente:

Pienso, con motivo, que Negrón Sanjurjo es un primer poeta. Los artistas son buenos o son malos.

La crítica oficiosa, extraviada en España, más que en otra parte, ha creado en nuestros ascendientes, y por ley de herencia en nosotros sus descendientes, una escuela, la más absurda que pudiera verse en materias de buen gusto.

Así vemos que en nuestra antigua metrópoli no hay, actualmente, más escritor nacional que Pereda. Pérez Galdós, Valera y demás escritores de mayor auge y nombradía son escritores de todas partes, menos de España. Esto, a despecho de *Episodios nacionales* y alguna otra obra de Galdós cargada en asuntos y tintes locales y característicos.

¹⁶ Luis Rodríguez Cabrero, «Letras: José A. Negrón Sanjurjo», *El Liberal*, año I, número 87, 20 de abril de 1898.

Los autores del nuevo mundo son, por influencias directas, cabalmente exactos a sus progenitores. En América, salvo el peruano Ricardo Palma y el colombiano Miguel Antonio Caro, todos, cual más, cual menos, son elementos exóticos y viciosos que inconscientemente contribuyeron a esterilizar la poderosa florescencia del arte entre nosotros en sus manifestaciones varias.

José A. Negrón Sanjurjo, que es un primer poeta americano, es un testimonio de lo que mejor propongo probar.

Mensajeras, el elegante tomito de versos que acabo de leer, parece labor de José M. Heredia, homónimo del ilustre Heredia cantor del “Niágara” y autor del romance “A los toros”. Este Heredia viviente es académico de la [Academia] francesa y cincelador de unos cuantos sonetos conocidos en el mundo de la opinión con el nombre de *Trofeos*. Los parnasianos franceses todos, y encima de los demás el simbolista Mallarmé, han colaborado, tal parece, en estas joyitas de primoroso lapidario con que nos regala Negrón Sanjurjo.

Este Negrón Sanjurjo es un tipo que sobresale del grupo general de los poetas; y es que tiene lo que se llama el poderío sintético y la virilidad concentrada de los individuos de genio. Este es de los poetas que, como los nictálopes ven en la sombra.

A veces un artista prueba más evidentemente su potencia intelectual en lo que deja sin escribir que en aquello que escribe. “Alta verba”, la primera del tomito que tengo delante, es una composición cuyo mayor mérito consiste en no haber escrito el poeta lo que se le hubiera ocurrido escribir a otro que no fuera Sanjurjo.

«Amor de madre», es un poema oriental del cual he leído una versión métrica, magistralmente hecha por el poeta catalán Joaquín María Bartrina.

El poeta colombiano Olegario V. Andrade ha escrito una poesía, «A mi madre», que es la mejor que conocía yo hasta hoy que Negrón Sanjurjo dice de una madre lo que debe decirse, es decir, no dice nada. El amor de madre es lo inefable, es lo que

no cabe en ninguna síntesis ni en las amplitudes de ninguna elocuencia.

Alta verba

(A mi madre)

Yo quisiera imantar la frase mía
Con el verbo de amor jamás escrito:
Salmo de adoración de extraño rito;
Arranque de idolátrica homilía.
La luz del sol... paréceme sombría;
El acento más blanco, ronco grito;
Molde estrecho a mi idea, el infinito;
Símbolo vil, la blanca Eucaristía.
No hay ritmos para ti. Desde la alberca
De agria incredulidad donde me pierdo
Viendo esta feria en que el amor se merca;
Sediento de verdad, si es que no cuerdo,
Hoy el hijo extraviado a ti se acerca
A comulgar el pan de tu recuerdo.

La factura del soneto transcrito da una idea inmediata de la talla de toda esta obra de orfebrería.

Yo sé de la existencia de muchos sonetos rigurosamente originales y muy pulidamente escritos; pero ninguno de la singularísima originalidad de «El ajedrez», que a continuación copio:

El Peón, brazo alerta en el ataque
Es la vanguardia del valor; la Torre,
Proyectil que, en la línea que recorre
No halla poder que su furor aplaque.
Allí donde el Caballo se destaque,
Hay fuerza que destruye y que socorre;
Abre plaza el Alfil; la Dama corre,
Diosa a sus anchas, eligiendo escaque.
¿A quién busca la rara acometida?

¿A quién se embiste en el empuje fiero?
Y ¿a quién guarda la red entretejida
Por la labor del cálculo certero?
Al Rey: como en el campo de la vida,
¡La pieza más inútil del tablero...!

Hay dos cosas que nunca me podré perdonar: no ser autor de «El Ajedrez» de Negrón Sanjurjo y del tierno «¡Adiós!», de Luis Lloréns Torres.

El autor de *Mensajeras* es abundante en léxico y en conocimientos distintos. No en vano se le admira fácil y con desembarazo manejar a su antojo y capricho el repleto arsenal de nuestra brillante habla castellana.

Negrón parece educado en un claustro o en una sacristía hojeando *misales* y breviarios. Muchos de sus versos trascienden a cera derretida y a incienso.

Ese olor místico y enervante me hace creer, a veces, que me las estoy viendo con los meticulosos pasatiempos de un fraile malgrado o sea de un arrepentido en el mismo instante de hacer escrupulosa y formal profesión de ver con indiferencia las *cosas* mundanas.

Esa manera de producirse tan peculiar en él ha asegurado a Negrón Sanjurjo una personalidad fisiológica difícil de confundirse con ninguna otra.

La belleza –aseguran– es una flor cosmopolita que prende bajo todos los cielos y en todas las zonas. Por esa razón no creo yo en la decadencia del arte en nuestra América.

Decir que Rubén Darío, Julián del Casal, Darío Herrera, Clemente Palma, Amhoggi, García Cisneros, Arciniegas, Cestero y otros son decadentistas no tiene fundamento. Asegurar, con tal motivo que el arte en América decae, no es lógico.

Si los individuos a quienes acabo de citar, por falta de genio, incurren en extravagancias y en herejías insufribles, véase también que en sus ratos de lucidez producen obras apreciables y de indiscutible éxito. Además, en medio de los remilgos de Rubén Darío y conexos, se levantan los gritos vibrantes,

nerviosos y convulsivos, arrancados a sus corazones desgarrados en la lid en que hoy se desangran en torneo fratricida los jóvenes pueblos del Continente, los gritos digo, de Díaz Mirón, de Rafael Obligado, de Augusto Samper, de Muñoz Rivera, de Gonzalo Marín, de Matos Bernier, de Pardo de la Guardia y cien más que con indignación homérica afoetean [sic] las tinieblas y a los retrógrados y completan el conjunto armónico de ese himno coreado que con voces de desfallecimiento vacilantes y desesperados entonan los infelices enamorados de la eterna belleza.¹⁷

Sí, en América hay arte y hay artistas.

Negrón Sanjurjo en América es un devoto del simbolismo que es una forma bella de encarnar en la palabra escrita o hablada los profundos secretos del corazón y las exaltaciones febriles del cerebro.

El arte...!¹⁸

Unos días más tarde, Negrón Sanjurjo responde a estas palabras de Carrión Maduro en un texto titulado «Carta sin pegar». Vale la pena rescatar su carta dirigida al periódico *La Democracia*:

Sr. Don Tomás Carrión.

Ponce

Distinguido compatriota:

El arte...! Así termina el estudio crítico con que honra usted mis *Mensajeras*.

El arte...! Así empiezo yo esta epístola de acción de gracias.

El arte...! ¿Ha querido usted en esos suspensivos dejar la expresión muda de la confraternidad que debiera unir a los artífices del pensamiento?

¹⁷ Véase mi obra *Galop*, página 64. Habana 1895. [Nota del autor.]

¹⁸ Tomás Carrión Maduro, «Literatura, Estudios críticos: *Mensajera*, de J. A. Negrón Sanjurjo», *La Democracia*, año X, número 2459, 9 de marzo de 1900; p. 2.

Creo que sí. Y creo asimismo que está usted noblemente arrepentido de haberme en otra ocasión juzgado mal, por lo que a mi honradez literaria se refiere.

Perdóneme que toque la vieja herida, porque al tocarla, sólo me guía el propósito de que quede definitivamente restañada.

Y otra intención también me guía. Supuso usted, entonces, que yo le trataba con desdén en mi defensa. Yo no sé desdeñar a nadie. Aquel desvío era puramente altivez a la inocencia que anhela defenderse.

Además, el público maledicente hubiera interpretado cualquier blandura de concepto mía como encubierto deseo de parlamentar. Y yo necesitaba infundir a usted bríos para la mayor acritud en el ataque.

Hoy viene usted hacia mí con el guante de seda de una galantería sin par. Y yo, muy lejos de sentirme orgulloso por sus benévolas apreciaciones, las aprovecho como un medio de dar a usted testimonio de mi consideración personal y de mi compañerismo sin celos y sin doblez.

Borre usted de su artículo mi nombre; consagre usted esas hermosas líneas a quien de veras las merezca, a fin de que pueda yo decir de ellas lo mucho bueno que me callo.

Y sobre todo, si desea usted que yo siga hilvanando sonetos, no vuelva a nombrar a Heredia al alcance de mi oído. Los sonetos de Heredia, *rutilantes y duros como el metal*, hicieron decir a Lemaitre que aquel gran oríndice del verso es «el sonetista por excelencia en el parnaso contemporáneo».

Y al recordar cualquiera de esas inimitables esculturas de catorce líneas, se siente ruborizado de la propia labor y de la propia pequeñez este jíbaro coplero que ofrece a usted su amistad y b. s. m.

J. A. Negrón Sanjurjo

Marzo 12 de 1900.¹⁹

¹⁹ José A. Negrón Sanjurjo, «Carta sin pegar», *La Democracia*, año X, número 2462, 13 de marzo de 1900; pp. 2-3.

En la carta anteriormente citada, Negrón Sanjurjo refiere una «herida» relacionada con su «honradez literaria», debida a Carrión Maduro. Posiblemente, se trata de la acusación de plagio en relación con el poema titulado «El monte azul». Sin embargo, en el artículo «Coincidencias literarias: El monte azul», Eugenio Astol, a quien podríamos considerar el mayor exegeta de Negrón Sanjurjo, esclarecía tal asunto del siguiente modo:

Leyendo periódicos de aquí y allá, hemos podido comprobar una coincidencia literaria que, por lo curiosa, merece ser registrada, porque muy raras veces se dan casos de esta clase.

Trátase de unos versos y de un trabajo en prosa.

De los primeros es autor el notable poeta puertorriqueño José Negrón Sanjurjo.

El segundo fue escrito por el ilustrado literato venezolano Nicanor Bolet Peraza.

Ambas producciones tienen el mismo título, por demás sugestivo: **El Monte azul**.

Y hasta el artículo de Bolet Peraza, en sus comienzos, expresa el propio pensamiento que inspiró la poesía de Negrón Sanjurjo, aunque luego se desvía en otro orden de ideas.

Para mayor conocimiento del lector insertamos a continuación los dos trabajos: primero, los versos; después, la prosa.

El Monte azul

I

A través de los tules
Que finge el pardo matinal incienso,
Distingo un monte que los aires hiende
Y que semeja sostener el cielo.

Vense azules sus árboles,
Azul también su césped,
Azul la bruma que su frente ciñe
Y azul el cielo que en sus hombros tiene.

Acelerad el paso;
Vayamos a la cumbre;
¡Cuán grato será ver de la montaña
Los ramajes azules!

No importa que las zarzas
Nuestros pies ensangrienten,
¿Quién se ha de contentar, viendo tan sólo
Verdes montañas de ramajes verdes?

Alta es la cima: la vereda, estrecha:

Débiles nuestras plantas;
¡Ánimo! que la gloria se concede
no más al que batalla.
Ya el sol estampa, desde el Orto, un beso
Al Occidente frío;
Ya los aires se llenan
De colores y trinos;

Los tules se disipan, y podemos

Ya ver más clara la azulada cúpula:
No desmayéis; sigamos
La comenzada ruta.

II

La tarde se adelanta,
Melancólico nuncio de la sombra;
Sangre destilan nuestros pies ¡Arriba!
¿Qué vale el sufrimiento ante la gloria?

Hemos, por fin, llegado; mas... lloremos

La esperanza perdida;
Verde es el monte, verdes los ramajes
Que azules parecían.
¡Oh Dios, que el velo del arcano rasgas!
Si tu mirada mi ansiedad descubre,

Dime: ¿gestos sueños que en mi mente guardo
Serán montes azules?...²⁰

El Monte azul

Fuerza es que en los cuentos los reyes y príncipes cazadores se extravíen en el bosque, y fuerza es que llegada la noche, una lucecita que a lo lejos pestañea les guíe a una pobre cabaña, en donde una doncella hermosa y cuanto hermosa ingenua, aguarda el lance para irse a la grupa del caballero a ser soberana de un gran pueblo o señora de un opulento ducado.

En este cuento quien se extravía en el bosque no es un poderoso emperador ni un espléndido señor de muchas tierras, sino un hermoso cazador que a pie y persiguiendo liebres se ha ido en pos de una que parece hechizada, porque la ha matado diez veces, y a saltos y piruetas le lleva donde Dios sabrá, pero que él no se cura de averiguarlo, hasta que no dé buena cuenta de aquel diablillo burlón ante el cual está pasando hace dos horas largas, como indigno de ... su rica escopeta damasquina.

La noche llega, una lucecita pestañea allá en lo alto de una montaña y a ésta se dirigen, la liebre con sus saltos y el cazador con sus salvas.

—Alabado sea Dios— dice éste tocando a la puerta de la cabaña.

—Por siempre— le responde de adentro una voz angélica, propiedad adorable de un ángel sin alas que acudió a franquearle la entrada de aquel paraíso encantado.

La niña es linda, el joven ardiente, la cena es generosa y el

²⁰ José A. Negrón Sanjurjo, «El monte azul», *El Buscapié*, número 17, 27 de abril de 1884; p. 2. Luego en *La Democracia*, año V, número 1323, sábado, 7 de marzo de 1896; p. 3, y año VIII, número 2175, 25 de marzo de 1899; p. 3. A su vez, en *Poesías*, San Juan, Tipografía Boletín Mercantil, 1905; pp. 60-61. Posteriormente, en *Plumas amigas*, San Juan, Cantero & Fernández, 1912; p. 181. Lo recoge, también Felipe Janer en *Selecciones poéticas*, Nueva York, Newark Silver, 1926; p. 403.

lecho grato. Sueña el cazador con los azules ojos de la serrana preciosa, y sueña ésta con los ojos negrísimos del garrido huésped.

La mañana es fresca, pero los labios hierven. Tienen sed de besos; y al fin, como cerca de allí se restriegan en los picos su cariño dos amantes palomas, cunde el ejemplo de amor y restalla el rayo pasional en los labios.

La cabaña se ilumina con luces de oro, las flores silvestres acuden en esencia a embalsamar aquel altar de amor, y las avecillas del bosque, en coros no ensayados, cantan el himno de victoria de la naturaleza inmortal.

Meses han transcurrido y el caballero no ha dejado un solo día la cabaña encantada. Un viejo monje de lengua y nivea barba, el mismo que casó a Matilde con Malek Adel, el mismo que casó a Julieta con Romeo, el mismo que no tiene más oficio que bendecir los amores de romance, bendijo la unión de estos amantes venturosos.

Menguando va ya la dulce luna, a modo de torta servida a niños golosos. La rústica niña no es tan lerda que no advierta el fastidio atroz que de su hermoso cazador se apodera, Varias veces ha sorprendido en su antes ardiente boca, el bostezo vil de la hartura matrimonial.

—¿Qué tiene mi amado, qué anhela mi señor?—le dice con acento de tiernísima queja.

Y él; sin devorar a besos su cuello divino; sin mirar siquiera aquellos sus ojos adorables, que parecen cielos que suspiran, pensativo y suspirando le responde:

—¿Ves aquel monte azul que a lo lejos se empina? Quiero ir allá. El verde perpetuo de esta montaña me hastía. Aquella es azul; ¡qué bien se debe vivir en un monte azul!

Y ella, con melancólica dulzura, desflorando con las palabras los labios del ingrato, le decía:

—Verde es la esperanza, niño inconforme. La ilusión es azul, como hija de esa bella impostura que llamamos cielo. Aquí eres dichoso; aquí está la dulce realidad. ¿Por qué perseguir la pérfida mentira?

Pero nada. A la mañana siguiente, el caballero se encaminó hacia el monte azul, que estaba lejos, muy lejos de la montaña verde en que dejaba a su amor llorando su desvío.

Caminando, caminando, al fin llegó al pie de la montaña de color de cielo. Las tintas azules habían desaparecido y todo era verde, como el monte en donde dejara a su amada con la tristeza de su ausencia. Miró hacia atrás suspirando, y la sorpresa le arrancó un grito de despecho. El monte azul se había mudado. Allá lo veía, allá mismo en donde quedaba su amante muriendo de dolor.

Y dirigió el caballero sus pasos fatigosos hacia aquella cumbre, a su vez envuelta en la gasa celeste de las brumas, vestida de ilusión. Al legar a la cabaña no salió a abrirle la puerta la niña amante. Llamóla por su nombre, llamóla por los seis nombres tiernos que el cariño inventa, y ella no respondió.

La había matado su caballero ingrato con el hastío de su amor.

El palacito encantado estaba en ruinas y delante de la solitaria puerta brincaba la liebre aquella, y entre saltos y burloñas volteretas al caballero le decía:

-Inconstante cazador; sígueme y te llevaré a quien sabe engañar como tú: ¡al monte azul!

N. Bolet Peraza

Ahora bien, la poesía "El monte azul", la publicó en *El Buscapié* Negrón Sanjurjo cuando aún no residía en Ponce.

De Comerío salió nuestro poeta con rumbo a la ciudad del Sur, para ocupar un puesto en las oficinas bancarias del Crédito y Ahorro Ponceño, donde permanece, desempeñando un importante cargo. Y dicho banco abrió sus puertas el año 1895. Negrón Sanjurjo trabaja en ese banco desde que éste inauguró sus operaciones.

El artículo "El monte azul", de Bolet Peraza, apareció en abril de 1904 en *El Abanico*, un pequeño periódico de circulación gratis, que se publicaba en New York, dedicado al bello sexo.

De 1895 a 1904 van nueve años. De modo que los versos de nuestro compatriota salieron a la publicidad mucho tiempo antes que el artículo del escritor venezolano.

No cabe suponer que Bolet Peraza copiase a Negrón Sanjurjo, pues sus no comunes facultades literarias y la justa honorabilidad de su pluma están muy por arriba de toda sospecha.

Se trata, en puridad, de una misma idea que ha impresionado por modo igual dos cerebros distintos, e igualmente bellas, aunque con diversos medios de expresión.

Es curiosa la coincidencia, y conviene anotarla, además, para que, andando los años, topando ella cualquier cazador de faltas ajenas, no cuelgue a Negrón Sanjurjo el sambenito de haber copiado o plagiado a Bolet Peraza, aun cuando nuestro paisano está también muy por encima de semejantes acusaciones.

Pero, más vale prever...²¹

Es evidente que Astol está conjeturando. El poema «El monte azul» de Negrón Sanjurjo se había publicado veintiún años antes que el cuento homónimo de Bolet Peraza. Se divulgó en *El Buscapié* de Manuel Fernández Juncos en 1884. Si bien esto es cierto, la imagen del monte azul se encuentra, también, en el poema de Juan Antonio Pérez Bonalde, titulado «La Vuelta a la Patria» con un matiz similar de ilusión que se desvanece. En ese poema del venezolano –quien había estado con su familia desterrado en Puerto Rico y compartió con nuestros poetas–, el yo lírico, el poeta desterrado, retorna en barco para encontrar la desilusión de su madre muerta:

Tierra! grita en la prora el navegante,
Y confusa y distante,
Una línea indecisa
Entre brumas y ondas se divisa.

²¹ Eugenio Astol, «Coincidencia literaria: El monte azul», *La Democracia*, año XXVI, número 7333, 13 de octubre de 1915; pp. 2-3.

Poco a poco del seno
Destacándose va del horizonte,
Sobre el éter sereno
La cumbre azul de un monte;
Y así como el bajel se va acercando,
Va extendiéndose el cerro
Y unas formas extrañas va tomando;
Formas que he visto cuando
Soñaba con la dicha en el destierro.

.....
Tras ese monte azul cuya alta cumbre
Lanza reto de orgullo
Al zafir de los cielos,
Está el pueblo gentil donde al arrullo
Del maternal amor rasgué los velos
Que me ocultaban la primera lumbre.²²

Parecería, al fin, que aquel monte azul del inicio del poema se desvaneciera, pero el matiz continúa en las lomas azules de Caracas:

Caracas allí está; sus techos rojos,
Su blanca torre, sus azules lomas
Y sus bandas de tímidas palomas
Hacen nublar de lágrimas mis ojos!²³

No obstante, Negrón Sanjurjo centra todo su poético ensayo en la subida a la cúspide del monte azul, símbolo del ideal, en la tradición que se remonta a Victor Hugo y la poesía romántica y que atraviesa todo el siglo XIX hasta el modernismo. Antonio S. Pedreira lo incluyó en su estudio «Ensayo cromático: Notas para la biografía de El Azul», que se recoge en su libro *Aristas* (1930). Allí destacaba el azul en la poética romántico-modernista del siguiente modo: «Por toda una épo-

²² Juan Antonio Pérez Bonalde, *Poesías y traducciones (Recopilación)*, Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación y Cultura, 1947; pp. 3 y 5.

²³ *Ibid.*; p. 7.

ca, el velo de Rubén [Darío] ha arropado a los poetas que ven las cosas como al través de un zafiro»²⁴.

Mariano Abril, entonces director de *La Democracia*, en breve artículo sin firma, titulado «Un nuevo libro», ofrece su «Primera impresión» del volumen titulado *Poesías* (1905) en que Negrón Sanjurjo recoge sus poemas y traducciones, el cual anunciaba Luis Rodríguez Cabrero en 1898:

Este tomo es uno de los más bellos en la literatura regional.

Acaba de salir de las prensas del *Boletín* el primer ejemplar. El público no lo conoce; pero, gracias a un rasgo de exquisita deferencia, lo conocemos nosotros.

Tiene ocho divisiones para los diversos temas. Y se titulan «Íntimas», «Reflexiones», «Panegíricas», «Galantes», «Festivas», «Criollas», «Traducciones» y «Postales».

La característica de Pepe Negrón Sanjurjo es una originalidad rebelde a toda imitación y casi a toda escuela. No imita, ni copia, ni sigue a nadie; produce con su cerebro y escribe con su estilo: o, como Alfredo Musset: *bebe en su vaso*.

Estas líneas no son un análisis del libro: viene ahora a *La Democracia* y, hojeándolo apenas, queremos dar la primera impresión, que es algo así como la de un reflejo de luz en las tinieblas de una noche profunda.

Negrón Sanjurjo no es un poeta vibrante, como Díaz Mirón o Chocano; es un poeta fino y sutil, como Gutiérrez Nájera. A veces sus estrofas tienen el elegante contorno de los grandes líricos; pero con más frecuencia poseen la ligereza y la gracia de esos toques en que Gustavo Bécquer llega hasta el fondo de las almas.

De corrección y de buen gusto no hay que decir: Negrón Sanjurjo es correcto hasta la pulcritud. Escribe en castellano *de veras*, no en ese castellano que dislocan los que pretenden renovar, afrancesar, y hasta americanizar, unos infelices que

²⁴ Antonio S. Pedreira, *Aristas*, San Juan, Editorial Campos, 1930; p. 71.

ignoran lo que vale su propia lengua y que de Calderón, de Lope, de Tirso y de Moreto sólo saben el nombre, si es que lo saben.

Esta *Poesías* constituyen un oasis para los entendimientos cultos, cansados ya del desierto de la prosa. Son un *bocatto di cardinale* que se ofrece a los *gourmets* de la literatura.

Esperen unos días y verán qué chorro de perlas fluye de esas páginas en que un buzo acopió su caudal recogido allá abajo en el insondable mar de las ideas.²⁵

Eugenio Astol, por su parte, se encarga de reseñar ese volumen y exponer asuntos más sobre Negrón Sanjurjo, en un artículo titulado «Un poeta genial: Las *Poesías* de José Negrón Sanjurjo, enriquecen nuestro Parnaso: “El Monte Azul”, Una coincidencia y una observación para cualquier Zoilo futuro»:

Cúmpleme hoy señalar en estas líneas una nota delicada. Estoy en un remanso entre orillas esmaltadas de flores. Nada de política. Nada de sátira. Saludemos al arte puro, al arte bello.

La bibliografía regional cuenta desde hace poco con un libro más, de valer indiscutible.

Me refiero a las poesías de José Negrón Sanjurjo, las cuales han sido coleccionadas por su autor y ofrecidas al público en primorosos volúmenes.

Este vate no es desconocido. No es tampoco una reputación mediocre. Como que figura entre los pocos que ocupan un prominente sitio en nuestro Parnaso. Esto hace que una obra suya no pueda de ningún modo pasar inadvertida y obtenga toda la resonancia que es dable adquirir dentro de un ambiente literario tan reducido como el nuestro. Por desgracia no es todavía nuestro país un campo propicio a las manifestaciones del ingenio. Las flores del espíritu vegetan entre nosotros pá-

²⁵ Mariano Abril, «Un nuevo libro», *La Democracia*, año XV, número 4,045, 30 de marzo de 1905; p. 2.

lidas y tristes, como plantas tropicales encerradas en un invernadero. Sus colores se marchitan y apagan ante la general indiferencia del público. Y si en lo moral este influye de tal modo sobre el carácter de nuestras producciones líricas que casi todas parecen esfumarse, por sus ideas y su tono, en una vaga niebla de melancolía, materialmente considerado produce entre nosotros la esterilidad y la impotencia.

¿Sábese lo que significa publicar un libro en Puerto Rico? Pues tal empresa es una verdadera hazaña tan estupenda –o poco menos– como las tenidas en los libros de andantes caballerías. Si es digno de admiración en esta ínsula el que dedica sus ocios a cuestiones de belleza y de arte, sobreponiéndose, por un poderoso esfuerzo de voluntad a la prosaica atmósfera que lo envuelve, todavía es más digno de aplauso y loa el valiente que publica en libro lo que escribe, porque se expone a mil contrariedades, desazones y quebrantos, desconocidos del vulgo, tantos y de tal nombre, que no pueden ser expresados en una pocas líneas. Y no digo más, porque la materia es harto ingrata y de seguir en ella habría muy gratas, por diversos modos, para editores, autores y público. Con que, punto en boca, que al buen callar llaman Sancho.

Volviendo a nuestro cantor y a su obra, digo a fuer de justo que después de las *Pomarrosas* de José de Diego –soberana expresión de un poeta de raza– nada podíamos leer mejor que los versos a que aludo, para que se prolongase y se hiciese más firme nuestra emoción estética. Ahí es nada ¡Como si dijéramos, ¡miel sobre hojuelas!

Negrón Sanjurjo es un poeta delicado y fino. *La Democracia* le ha juzgado con acierto al compararle con el mexicano Gutiérrez Nájera, artífice impecable que ha producido la América española. El estilo de Negrón es nervioso y elegante, su léxico, de los más castizos, sobrio en el color, agudo en el análisis, sentencioso en el concepto. Es, además, algo más notable que esto; un escritor original que a nadie se parece, sino a sí mismo. De la copa ideal donde él diluye la rara esencia de sus rimas, puede decirse lo que decía Alfredo de Musset acerca de

su vaso poético: «Es pequeño, pero yo solo bebo en él».

Y la copa de Negrón es pequeña no porque falten a éste alientos para beber homéricamente en un manantial de oro, sino porque le gusta concentrar sus asuntos dentro del marco de breves cuadros. Es poeta de arabescos: joyero, orfebre, cincelador. Y así resulta su labor más bella. Pequeñas son las monturas donde descansan, como sobre un trono, las piedras preciosas, y pequeños son los frascos que contienen las esencias más finas. ¿Quiérese *pequeñez* más hermosa que su poesía “El monte azul”!

El poeta columbra a lo lejos un elevado monte que con su cima parece que va a rasgar el cielo. Por una ilusión de perspectiva lo ve azul, idealmente azul, espléndidamente azul, porque ese es el color del país de sus sueños. Y anda. La jornada es dura, los cardos punzan sus pies, pero al cabo llega y... ¡oh desilusión!, ve triste realidad, ve que

Verde es el monte, verdes los ramajes
que azules parecían

He ahí un gráfico y sintético cuadro de lo que son las ilusiones de la existencia. El poeta nos dice más y con mayor elocuencia, en sólo diez estrofas, que cuanto pudiera decirnos un abultado librote de filosofía.

A propósito de “El monte azul”, acabo de leer en *El Abanico*, periódico literario que se edita en New York –número de Abril de 1904– un bello trabajo en prosa, del reputado escritor venezolano don Nicanor Bolet Peraza, con el mismo título de la indicada poesía, el mismo asunto, y la propia tendencia final.

Ahora bien, conviene hacer notar que esos versos de Negrón fueron escritos hace diez años²⁶, y lo menos seis u ocho que fueron publicados en *La Democracia* y hasta creemos que después los reprodujeron algunos periódicos.

Hablo de esto aquí, primero, para señalar una curiosa coincidencia, pues no cabe, ni es posible suponer otra cosa, tra-

²⁶ Resulta desacertado este dato. El poema fue publicado por primera vez en 1884; es decir, hacía veintiún años.

tándose de literato de tanta fama y valer como el señor Bolet Peraza: y segundo para que, si andando el tiempo se le ocurre a cualquier Zoilo mal intencionado decir, acerca de esto, que el escritor puertorriqueño tomó la idea y el epígrafe de su composición de un huerto que no es el suyo, se sepa y conste que no es verdad, como puede considerarse por las fechas indicadas.

Bueno es consignarlo así para que no se repita el caso de nuestra danza La Borinqueña, cuya paternidad se han abrogado allá en el Perú, siendo así que ha nacido, se bautizó y hasta se *crió* en Puerto Rico.

Y aquí concluyo, dando a José Negrón Sanjurjo mis plácemes más sinceros por su hermoso libro.²⁷

En el mismo periódico, Augusto Malaret se refería a la poesía de Negrón Sanjurjo del siguiente modo:

¿Qué arpa, mientras leíamos, ha vibrado en nuestro corazón?

Negrón Sanjurjo, de grandes fuerzas líricas empleadas triunfalmente en las curvas de luz de sus cantos, nos regala, desde la cumbre de sus éxitos, rosales de rimas susurrantes donde una musa, vibrante de amor, esplendente de glorias, ofrece, como un lauro, «las verdes llamaradas de sus ojos».

Sus *Poesías*, llenas de armonía en la forma y el fondo, leídas en un momento de embriaguez espiritual, se extienden vencedoras por los campos de primavera, llenándolo todo de matices y brillo.

Después de la lectura amable de unos versos hermosos, el alma vibra satisfecha, como la tierra después de un día de sol.

Cuando, «muerto quizás, sin convenir en ello», agrietado el vaso del corazón en pleno día de juventud, cruzamos hastiados de vida, abrumadoramente solos, la jornada impuesta, la luz de un verso –llena de misterios– hace brillar a veces como

²⁷ Eugenio Astol, «Un poeta genial», *La Democracia*, año XV, número 4055, 11 de abril de 1905; p. 2.

un rayo de sol el polvo de oro de nuestros sueños arrinconados, y abrir con un beso de piedad suprema las últimas flores que parecen haberse salvado al abrigo de una hoja verde...

Hasta los espíritus vulgares sienten la influencia mágica del verso, como la piedra de Memnón siente un alma al herirla el golpe de la luz.

Aun conociendo la duda de Segismundo y el descreimiento de Hamlet, se tiene como un florecimiento de ansias y se entreabren promesas, y reverdecen guirnaldas de ilusiones, ocultas bajo la nieve de olvidos prematuros.

El mar de nuestros sueños ha de azotar eternamente la roca de las realidades. Como las olas, nuestros sueños sólo mueren al tocar la tierra.

La poesía será siempre la vida del espíritu. Viene el verso y disipa la sombra. El canto del ave mata la noche. El verso es aurora. Es luz. No importa si la embriaguez es de tristeza o de entusiasmo. Embriagaos siempre, dice un poeta francés. El espíritu, al pasar por las páginas sonoras del libro, hundiéndose en las profundidades de sus versos, cae en la vida de gloria del encanto, buscando bajo el sortilegio de las rimas exquisitas la cumbre oculta de sus sueños perdidos. *Poesías* de Negrón Sanjurjo es un libro de amor y de consuelo.

En *Poesías*, bajo el ropaje limpiísimo de la forma, se encuentra siempre el latido de los pensamientos más bellos. A veces hay lujo exuberante de joyas, quizás con intención, como si el poeta, domeñado por propia timidez, rehusara –guardián de sus torres de oro– descubrir ciertas idealidades de su mundo íntimo.

Sus versos, en nuestra literatura, tienen carácter peculiar, fisonomía propia. En ellos su autor ha impreso el sello indeleble y auténtico de su originalidad. Él sabe que los versos más bellos son los que se encuentran en las cenizas de nuestro propio corazón.

Procul mundo –para nombrar algo del libro, algo que ocupa sitio de honor en nuestra antología predilecta– son líneas purísimas, llenas de pasión y verdad. El alcázar fantástico

«que esquivaba la tierra», buscado por todos los soñadores de la humanidad, donde comulgan el pan de su delirio los tristes solitarios, tiene también para el poeta sus grandes atracciones.

Huyendo del mundo nos refugiamos en el arte.²⁸

De la misma manera, Félix Matos Bernier expresaba su opinión en *La Democracia*:

Confieso que sentido, al recibir este libro, gratísima impresión.

En ningún caso, me pudo complacer la crítica. No soy crítico ni me halagaría que se me tuviera por tal... me falta virtud para serlo. Entiéndase por «virtud», en este caso, el conjunto de condiciones especiales de carácter, suficiencia, desapasionamiento absoluto, etc., que forman el verdadero crítico, Crítica cualquiera, pero ¡qué difícil hacerlo con la autoridad y grandeza necesarias! «La ignorancia es atrevida». Cualquiera construye un muñeco de trapo y pocos son los que cincelan correctamente una estatua.

De modo que no combato, sino estudio con cariño la presente obra de José Negrón Sanjurjo. Y la aplaudiré, aun hallando en ella lunares. A veces, un lunar completa una fisonomía.

Me atrevo a decir que la aplaudiré, porque conozco la mayor parte de las poesías coleccionadas.

El trabajo tipográfico deja mucho que desear. De los talleres del «Boletín Mercantil», que son los más ricos de Puerto Rico, ha debido esperarse algo superior. El libro pequeñín, escaso en márgenes, sin artes, parece al golpe de vista un catecismo de Fleury.

Al leer en la portada el nombre del autor, se abre con avidez, y se lee con entusiasmo.

²⁸ Augusto Malaret, «Poesías de Negrón Sanjurjo», *La Democracia*, año XV, número 4,072, 2 de mayo de 1905; p. 1.

¿Qué musa inspira al poeta? Nadie podrá decirlo. Cierto es que ella se transfigura, tomando diversos contornos, Proteo de la fantasía, tierna y excelsa en “Idolatría”, meditabunda en “Pulvis”, irónica en “Vida de tráfuga”, galante y sumisa, como enamorada diveta francesa, en “La esclava”... Así, variada, espléndida, pasea su gentileza por la floresta de la Poesía, como grata exhibición de esperanza, de consuelo, de amor y de gloria.

No estoy conforme con algunos atrevimientos líricos del autor; y tomo al azar, como tales, estos versos de “Perspectivas”:

Chocan en mi cerebro
Rotas en mil pedazos las ideas.
Y estos de “Vestíbulos”:
Por las puertas de mis ojos
Entró la pasión un día.
Y estos de “Perlas”:
Condensación del cariño
Que convierte el alma en concha.
Y estos de “Tímida”:
Englobado y confundido
En el inmenso ruido
De tu pedestal escala,
Mi aplauso, etc.
Y estos de “Lluvia negra”:
Hoy el verso que gotea
De mi pluma recia y tosca.
Y éste, de “Carmina”:
Como el agua que hierve en el vacío.

En la poesía “Mensaje”, escrita en honor a la memoria del soberbio cantor José Gualberto Padilla, que es trabajo rico en conceptos, labor de artista indiscutible, encuentro versos fuertes; tales son:

“Tu verso en los aires zumba”

--

“Y pues del grupo no osó
surgir el alto vocero”

--

“Niebla viva y antorcha muerta”

--

“Cabalgando sin respeto
en la greca del terceto.”

--

“Con un cincel: la ternura
que en el corazón se clava”

Pero en vano se buscará motivo para destruir las bellezas contenidas en este libro.

Léanse “Fides amor”, “Procul mundo”, “Confidencia”, “La estrofa muda”, “La vida del tránsito”, “Idolatría” y las magníficas traducciones del francés y del italiano; y se estimará en su verdadero valor literario la labor de Negrón Sanjurjo. Con las poesías citadas, bastaría para defender su fama de poeta, lo mismo en Puerto Rico que en cualquier país del mundo.

Un marcado efectismo canta victorias en la poesía de Negrón Sanjurjo. Raro efectismo. No busca el aplauso vulgar, sino el voto consciente de los artistas: voto de calidad. Es como característico su efectismo: casi una condición de sus facultades: una especialidad de su trabajo. Fluyen las ideas de su fantasía con el tierno colorido de un paisaje, como la condensación de un exquisito sentimentalismo, como si fueran luminosos rasgos de su alma.

No se parece a ningún poeta del país. Y creo que ninguno depure el verso como él, aunque algunos le superen en sonoridad y cadencia.

Entre los trabajos que dan relieve a su libro, figuran magníficos sonetos.

Estas composiciones son el «rompe cabezas» de los artistas.

Figuran en primera línea, en España y entre los escritores modernos, Manuel del Palacio, Emilio Ferrari, Leopoldo Cano, Manuel Reina, Agustín Pajarón, Federico Balart, Félix Callejas, Manuel Tamayo Baus, y otros, formando una hermosa constelación de notables.

En América han cultivado con gloria el soneto, en nuestro tiempo, Román Mayorga Rivas, José Santos Chocano, Julián del Casal, Abraham López Penha, Bonifacio Byrne, Juana Borrero, Rufino Blanco Fombona, Antonio Sellén, Jacinto Gutiérrez Coll, Francisco Pimentel, Justo A. Facio, Salvador Díaz Mirón, Vicente Acosta, Pantaleón Tovar, Ramón Zambrana, Nicolás Augusto González, José Rosas, Diego Uribe, Leopoldo Díaz, Nieves Xenes, Moisés Numa Castellanos, Numa P. Llona, Leopoldo Lugones, L. Torres Abandero, Rubén Darío y otros muchos.

En nuestro país figuran actualmente como cultivadores del soneto, José de Diego, José de Jesús Esteves, Vicente Palés, Cristóbal Real, Eugenio Astol, Ezequiel Comas Pagán, Guillermo Atilas García, Ferdinand R. Cestero, Mariano Riera Palmer, José Negrón Sanjurjo.

Algunos poetas, queriendo sorprender el secreto de esa perla literaria, han fracasado por completo.

Negrón Sanjurjo presenta el soneto con gallardía. Léase el que escribe en la portada de doce rimas de un amigo:

Fácil la concepción; alta la idea;
El porte airoso y el estilo hidalgo;
Late, en la entraña de esas rimas, algo
Del alma esplendorosa que las crea.

Hoy es el verso, para mí librea;
Y, en el carro triunfal de un hijodalgo
Tomando el puesto del auriga, salgo
Al campo en que la fama glotonea.

En ese refectorio de inmortales,
De aplausos y de vítores repleto,
Hay doce convidados ideales;

Si pudiera, las mieles del Himeto
Brindaría a los doce comensales,
En el sonoro cáliz de un soneto.

Léase “El ajedrez”:

El Peón, brazo alerta en el ataque
Es la vanguardia del valor; la Torre,
Proyectil que, en la línea que recorre
No halla poder que su furor aplaque.
Allí donde el Caballo se destaque,
Hay fuerza que destruye y que socorre;
Abre plaza el Alfil; la Dama corre,
Diosa a sus anchas, eligiendo escaque.
¿A quién busca la rara acometida?
¿A quién se embiste en el empuje fiero?
Y ¿a quién guarda la red entretejida
Por la labor del cálculo certero?
Al Rey: como en el campo de la vida,
¡La pieza más inútil del tablero...!

Después de estudiado detenidamente este libro, a cualquiera se le ocurre decir «aquí hay poesía». Sí: porque arrulla el sentimiento; porque encanta el colorido. Delicioso perfume de juventud se escapa del pulido verso. A pesar de las tristezas que, a veces, nublan el espíritu del cantor, flores de vida se levantan en el jardín de sus ensueños, de igual modo que brota de la frágil entraña de la tierra, después de secas sus verdes hojas anchas, el perfumado ylang-ylang. Y es que el escritor, como aquella planta, guarda siempre, en medio de sus arideces, el germen ideal que es la flor del espíritu.

Tome Negrón Sanjurjo con cariño mis observaciones y mi aplauso. Ni censuro ni exagero. La dalia pomposa de la lisonja no crece en mi huerto. Si su delicado libro de poesías no fuera una joya, le hubiese arrojado al cesto; que los libros de vulgar versificación o prosa estúpida, ni deben leerse, ni guardarse,

ni analizarse. Esa semilla enferma se arroja al canasto. Es la única forma de evitar que prospere.

Su trabajo debe apreciarse y aplaudirse.

San Juan, junio 27 de 1905.²⁹

Dato curioso es que un poeta de nombre L. Leccia, desde Indiera (Yauco), dedica a Negrón Sanjurjo un poema escrito en francés con su correspondiente traducción. El soneto, titulado «Avril», llevaba la siguiente dedicatoria en la cual se destaca el «parnasianismo» de nuestro poeta: «Au distingué Parnassien et à l'excellent amie Mr. J. A. Negrón Sanjurjo»:

Avril renaît: les bois hier silencieux
Se remplissent soudain d'un ravissant murmure ;
Les oiseaux tout joyeux chantent dans la ramure
Que balance la brise au souffle gracieux.

L'hirondelle fond l'air d'un vol capricieux,
Et les prés saluant l'aube de la nature,
Déroulent au soleil leur tapis de verdure
Emaillé de rubis su parfum précieux.

L'agneau foule gaiment l'herbe tendre et la mousse.
La joie est dans les cœurs, la nuit est pure et douce
Et c'est la tête en feu que nous nous endormons.

Béni sois tu cents fois, beau mois qui fais éclore
Avec les jours sereine et claire que nous aimons
Les soupirs des amants... et les pleurs de l'aurore !

²⁹ Félix Matos Bernier, «Poesías de Negrón Sanjurjo», *La Democracia*, año XV, número 4, 118, 28 de junio de 1905; p. 2. Se recogerá, posteriormente, en *Isla de Arte*, San Juan, Tipografía La Primavera, 1907; pp. 147-151.

(Traducción)

Renace Abril. Los bosques, ayer mudos,
Se pueblan de rumores; las gozosas
Aveillas preludian en las ramas
Que estremece la brisa silbadora.

En vuelos caprichosos, corta el aire
La golondrina; el prado desarrolla
Esmaltada en rubíes e impregnada
En alientos de flor, su verde alfombra.

Trisca el musgo y la hierba el corderillo;
Se alegra el alma; la nocturna sombra
Se hace más dulce, y nuestra sien se aduerme
Con el nimbo de fuego que la exorna.

Salve ¡oh hermoso mes! a cuyo influjo
Se ven unidas en estrecha cópula,
Bajo tus claros y serenos días,
Quejas de amante y lágrimas de aurora.³⁰

Nótese que la «traducción» es una adaptación en cuartetos de los versos del soneto y que en ambos textos el poeta se afilia a la tendencia modernista desde la vertiente parnasiana, como lo resalta la dedicatoria a Negrón Sanjurjo. Aunque Ángel M. Mergal, al acercarse a este tema un tanto polémico, como se colige por la carta de Negrón Sanjurjo a Carrión Maduro –ya citada–, se deja llevar por las afirmaciones del poeta en el «Frontis» que abre el libro de 1904 de Eugenio Astol, *Cuentos y fantasías*, donde se recogen cuentos publicados en periódicos de la década anterior, en su mayoría, para llegar a la siguiente conclusión: «El estilo de Negrón Sanjurjo, según acusa el análisis de su poesía, no es modernista ni

³⁰ L. Leccia, «Abril» y «Abril», *La Democracia*, año X, número 2,471, 23 de marzo de 1900; p. 3.

en los temas ni en las formas»³¹. Esta conclusión tajante proviene de esas palabras que anteceden al libro de Astol, donde Negrón Sanjurjo, en ese preciso momento de 1904, minusvaloraba el exotismo que anima buena parte de la producción del cuentista y poeta:

Astol, que lleva en su bagaje literario buen lastre de lectura iberoamericana, carece de receptividad para el cultivo del microbio de la extravagancia, que tanto desluce la fecunda y brillante obra de los literatos de Hispano América. Sí, hay que decirlo bien alto, a fin de que se oiga desde todas las distancias. La literatura puertorriqueña está contaminada con la lectura de los Rubén Darío y los Vargas Vila, de quienes sólo imita los alambicamientos y los extravíos, pudiendo imitar muchas cualidades de fondo y de expresión, que en esos escritores latino-americanos es preciso reconocer.³²

Mergal interpreta estas palabras como un rechazo de Negrón Sanjurjo al modernismo: «La afirmación que antecede prueba que le separaban de Rubén Darío la incomprensión y el retraso en sensibilidad literaria»³³. Sin embargo, la afirmación de Negrón Sanjurjo a la altura de 1904 contrasta con la creación poética de algunos de sus poemas de la década anterior. Resulta del mismo modo en otros poetas, como en Rafael del Valle Rodríguez, la evolución o la metamorfosis de su poesía. Cabe destacar que este fue un momento histórico marcado por las turbulencias políticas de la Carta Autonómica, la invasión estadounidense y el Tratado de París, cuyos resultados políticos y económicos lograron captar más la atención que los exotismos a los cuales apuntaba el primer modernismo. Más aún, el modernismo fue tildado como «decadentismo» o como estilo de mal gusto, llegándose a motejar, a los autores que lo preferían, como extravagantes, churri-guerescos, gongorinos o depravados.

³¹ Angel M. Mergal, *José A. Negrón Sanjurjo, su tiempo, su vida y su obra*, disertación de maestría, Universidad de Puerto Rico, 1942; p. 140.

³² José A. Negrón Sanjurjo, «Frontis», en Eugenio Astol, *Cuentos y fantasías*, Ponce, 1904; p. XII.

³³ Mergal, *op. cit.*; p. 140.

Muy curiosa resulta, por otro lado, la preocupación del malogrado Manuel D. Marín Fernández (1878-1897) en relación con el estado de la crítica en Puerto Rico hacia finales del siglo XIX. Afirmaba que era necesario distinguir entre los buenos y los malos poetas, pues observaba que los críticos no llevaban a cabo precisamente su función de separar la buena literatura de la mala:

La literatura puertorriqueña (si tal puede llamarse el estado medianejo de *las buenas letras* en nuestra pequeña patria) ha sido siempre pobrísima; no por escasez de ingenios que la fomentaran; sino por una cierta incuria peculiar del carácter nuestro; por cierta lamentable manía por escribir de los cerebros puertorriqueños y, sobre todo, por la bondad que nos hace animosos en aplaudir y alentar a quienes no merecen ni aplausos ni alientos³⁴.

El mismo autor abogaba por que la crítica en Puerto Rico fuera más severa, sobre todo cuando la literatura se adentraba en la nueva corriente del modernismo:

Como ser oportuna lo es, porque en esta época se nota que la literatura puertorriqueña, y sobre todo sus ramos la poesía, va tomando nuevas y notables proporciones, y va entrando, poco a poco, en la corriente del *modernismo*, y no puede ser menos que oportuna la presencia de la crítica literaria, y útil también, porque es bueno ir haciendo una limpieza que deje con su brillo a los que le tengan natural y descubra la falsedad de los que brillan no debiendo brillar.³⁵

Del mismo modo, Rafael del Valle Rodríguez –ya alejado un tanto de la vertiente modernista que asumió hacia mediados de la década final del siglo XIX–, en el prólogo al libro titulado *Poesías* (1900) de

³⁴ M. D. Marín Fernández, *Nyta: Deuda de amor*, Arecibo, Imprenta de Combell, 1897; p. 5.

³⁵ *Ibíd.*; p. 8.

José Antonio Daubón, se refería al modernismo de entonces –y es obvio que Del Valle se vincula más con el romanticismo– al cual describe a partir de la morbosidad y lo enfermizo. Se refiere a la vertiente «decadentista» que rechaza por negativa, sin percatarse, al parecer, de que una parte considerable del romanticismo –morboso y enfermizo, si se quiere– fue el origen del decadentismo:

La musa lánguida y extravagante a veces de los modernistas decadentes, contagiados de un neurosismo más ficticio que real, no podía tener entrada en donde persisten aún el corte severo y la métrica reposada de la escuela clásica, saturada a lo más con esos dejos de romanticismo discreto, sin los cuales en mi opinión la fantasía y el sentimiento no pudieran realizar jamás la exteriorización sugestiva del arte.³⁶

Félix Matos Bernier (1869-1937) veía, también, en la «nueva escuela» una degradación del arte y de la literatura, hasta tal punto de equipararlo con el «decadentismo», entendido como una tendencia perjudicial, como lo había pretendido Max Nordaux en su libro titulado *Entartung (Degeneración)*. Bien es cierto que Matos Bernier hacía la distinción entre «modernismo» y «decadentismo», con definiciones muy particulares que no se ajustan a lo que hoy entendemos por tales:

No hay que confundir el “modernismo”, o lo que así se ha llamado, con el “decadentismo”. Modernismo es término común de toda época. Decadentismo es –como la palabra lo indica– subversión de aquella noble tendencia a innovar y abrillantar ideas y formas, tendencia que merece el respeto de los críticos literarios.³⁷

Cabe hacer la salvedad de que en *Isla de Arte* (1907) Matos Bernier ataca al modernismo de Darío, pero en una novela como *Puesta de sol* (1903) existe la tendencia hacia el lenguaje y la estética del mismo. De

³⁶ Rafael del Valle, «A modo de prólogo», José Antonio Daubón, *Poesías*, San Juan: Imprenta de F. J. Marxuach, 1900; p. IV.

³⁷ Félix Matos Bernier, *Isla de Arte*, San Juan, Imprenta La Primavera, 1907; pp. 236-237.

igual modo, reconoce el arte en un poeta modernista del momento en Puerto Rico, Jesús María Lago, de quien cita como ejemplo de buena poesía «El canto de las rosas», catalogándolo como parnasiano³⁸.

Este proceso de la recepción del término «modernismo» fue crucial para el desarrollo del modernismo posterior. Algunos de los escritores que practicaron el primer modernismo en la década final del siglo XIX, como Negrón Sanjurjo, Miguel Sánchez Pesquera y Rafael del Valle Rodríguez, desistieron de continuar esa tendencia y retornar a la poesía romántica de corte tradicional, encarando la modalidad que adjudicaban a José Santos Chocano de una poesía escrita con renglones cortos o excesivamente largos y que observaron en las propuestas posteriores del pancalismo de Luis Lloréns Torres.

Lo cierto es que José A. Negrón Sanjurjo continuó su trayectoria con una poesía variada, desde el principio, decantada hacia múltiples modalidades. Por un lado, publicó poesía satírica en sus «Retamas», que divulgó bajo pseudónimos varios en *La Democracia*. Algunas se recogieron en el libro titulado *Retamas*³⁹ en 1891 bajo los pseudónimos Demócrito (Luis Muñoz Rivera) y Heráclito (Negrón Sanjurjo), aunque bien es cierto que en años posteriores Negrón Sanjurjo siguió publicando esas «retamas» en el periódico *La Democracia*. Por otro lado, divulgó poesía patriótica, religiosa y amatoria, así como poesía de crítica social. Nadie hasta ahora ha mejorado la descripción de esta poesía como lo hizo Ángel M. Mergal en el trabajo que hemos mencionado.

En 1911, Eugenio Astol, quien hasta 1936 se convirtió en el mayor expositor y biógrafo de Negrón Sanjurjo, describe su imagen del siguiente modo:

En Puerto Rico son contados los escritores que tienen verdadera personalidad literaria; esa que cada cual se forja en el yunque del estilo, con una manera suya de escribir, que no puede confundirse con ninguna otra.

³⁸ *Ibíd.*; p. 254.

³⁹ Ver, *Retamas*, Ponce, Establecimiento Tipográfico El Vapor, 1891.

Conseguido esto, puede decirse en rigor, que se ha logrado todo. He ahí el fin supremo, el *summum* de la individualidad, en lo artístico. El escritor que carezca de una fisonomía con rasgos bien definidos para elevarse siquiera un codo sobre lo mediano y vulgar, está condenado a irremisible olvido, aunque le abonen otras prendas estimables.

Los escogidos figuran aquí en número escaso; no porque falte la *materia prima*, sino por las circunstancias ambientales, que son refractarias a la vida del espíritu. En Puerto Rico no hay editores que remuneren el trabajo literario, ni críticos que tracen rumbos, ni periódicos que dediquen a la labor intelectual, de un modo sostenido, algo más serio y elevado que la leve reseña bibliográfica. Para que falte todo, hasta falta el público leyente. A las librerías no acude nadie, para comprar libros de autores puertorriqueños. Y el que quiera vender los suyos tiene que ofrecerlos a domicilio.

Se concibe fácilmente que en atmósfera tan densa apenas respire el arte. Los pocos artistas que hay, cultivan lentamente sus aptitudes, sin estímulos ni mentores, en el aislamiento más absoluto, y rebajados en la pública consideración ante el auge creciente de politicastros y mercachifles. La generalidad escribe *porque sí*; se forma, como los hongos, por generación espontánea y no trabaja ni estudia; ¿para qué?

Consecuencia forzosa de todo esto: opiniones, por lo regular, indoctas; una bibliografía enteca y pobre; versificadores y prosadores a granel; muchas flores silvestres; muy pocas de jardín, y rara, rarísima la flor aristocrática de aroma delicado y selectos atavíos, que ostenta una idea en cada pétalo y una chispa de inspiración en cada grano de polen.

Tengo a la mano el volumen de poesías⁴⁰ de José Negrón Sanjurjo. Esos versos me han sugerido las breves reflexiones que anteceden. Por ellas estimo doblemente valioso el esfuer-

⁴⁰ Este artículo es una reescritura de la reseña que publicó Astol en *La Democracia* en 1900, titulado «Literatura: Notas críticas: Mensajeras», año X, número 2410, pp. 2-3. Aquí decía «Tengo a la vista las *Mensajeras* de José Negrón Sanjurjo» (p. 3.).

zo de este poeta, que trae prendida, entre las nerviosas fibras de su plectro, una flor que no se cultiva por estos campos. Yo aspiro con deleite su perfume exquisito. Se me antoja que es un efluvio de la flora primaveral que a torrentes derraman en la atmósfera de París, el amable aticismo, la varia cultura y el complejo sentir de la lírica francesa.

Negrón Sanjurjo es un bardo erudito: maneja la nativa lengua con singular maestría; se produce con soltura en esperanto; domina el francés como un galo moderno; traduce del italiano correctamente; comprende como un literato el idioma inglés, y latiniza lo bastante para verter en buena habla castellana las odas de Horacio y las églogas de Virgilio. De donde se desprende que reúne grandes condiciones para el poliglotismo.

Son producción de estos estudios un refinamiento intelectual y un gusto estético nada comunes, que al instante se echa de ver en sus poesías y traducciones. Su versión del soneto *El Buey*, de Carducci⁴¹, compite en galas poéticas con la del colombiano Caro, y la aventaja bastante en cuanto a la exacta interpretación del original.

Sus versos se distinguen por la originalidad del concepto y lo atildado del lenguaje –cosa que no es muy común en el desaliñado lirismo de las letras americanas.

Literariamente hablando, Negrón Sanjurjo no tiene de español sino el instrumento de la lengua; pero, un instrumento melodioso y castizo, flexible como el que más, que se doblega y amolda a las combinaciones más caprichosas de la métrica. Francés en la manera y el gusto, desdeña por demasiado holgada la amplísima clámide de Heredia y de Rioja, y agrádale concentrar el licor exquisito en copas pequeñas, para que así se saboree mejor. Sus sonetos tienen la blancura mate de los mármoles de Heredia, pero los cruzan vetas de lava: hay en el acento amoroso de ciertas estrofas alguna partícula del fuego sagrado que abrasaba a Musset; en sus rimas galantes

⁴¹ En la reseña de 1900: «Giacomo Carducci». Debería ser Giosuè Carducci.

resplandece la apolínea elegancia de Sully Prudhomme; mas todas estas influencias no han hecho de él un rapsodista, sino que pasando como leve polvo de oro por el sensitivo tamiz de su naturaleza criolla, han dado forma a un poeta genial de extraño relieve y cierto tinte de exotismo como lo tienen muy pocos en América. Algunos rasgos de color me recuerdan a Gutiérrez Nájera; pero su sitio está más próximo a Julián del Casal por lo acabado de la factura.

Negrón Sanjurjo⁴² es subjetivista:⁴³ raras veces describe las cosas que le rodean y cuando lo hace con pinceladas brevísimas, en vez de copiar los objetos, más bien parece que les imprime algún vago matiz de su mundo interno, con vibraciones agudas y nerviosas.⁴⁴

A veces⁴⁵ es irónico y reflexivo. Entonces escribe “El Ajedrez”, soneto digno de figurar en una antología de poetas castellanos.

Huye de la frase hecha, busca lo nuevo, lo original, y casi siempre con fruto, aunque en ocasiones –raras, por fortuna– el artificio perjudique la espontaneidad del numen.

“Primaveral”, “La canción de los trigos”, “El humo”, “El emblema” son cuatro poesías delicadamente bellas –a mi ver, las mejores de su estro.

Nuestro poeta es un hábil orfebre. Bruñe y cincela sus estrofas como si fuesen ánforas. En nuestra isla, es el Benvenuto Cellini del verso.

¿Lunares? Indudablemente los hay; toda obra humana los tiene: mas en este vate son manchas apenas perceptibles, que desaparecen abrumadas por las bellezas.⁴⁶

⁴² En la reseña de 1900: «El cantor de *Mensajeras*».

⁴³ En la reseña de 1900: «por lo general refleja un estado de alma; raras veces describe la Naturaleza exterior, y cuando...»

⁴⁴ En la edición de 1900: «A veces le inspira la neurosis, como sucede en “Alba de sombras”; poesía del género fantástico descriptivo, en cuyos versos corre un soplo del hálito *byroniano*».

⁴⁵ En la edición de 1900: «A ratos...».

⁴⁶ En la reseña de 1900: «Además, no quiero señalarlos. Dejo esa tarea a los criticones de oficio que miden los versos con compás; rebuscadores de nimiedades, que nada perdonan

Negrón Sanjurjo no será nunca poeta popular. El vulgo no gusta de los refinados porque nos los entiende. Pero tiene una fortuna que vale más: la de ser leído y alabado por cuantos admiran el Arte en sus manifestaciones más graves y puras.

Conozco al poeta: es un haz de nervios, vibrante y delicado, como sus rimas. En ellas está el hombre. Y no sé por qué, al leerlas, me parece escuchar el vago quejido de un alma doliente.

En cierto modo son felices los que cantan. ¡Desdichadas las almas que sufren y no pueden cantar, porque todo su dolor se queda dentro!

Ponce, enero 6 de 1900.⁴⁷

Astol volverá sobre el tema en un artículo publicado en 1936 en *Puerto Rico Ilustrado*. Recojo sus palabras para salvarlas del paso del tiempo y el deterioro de los periódicos y revistas del pasado y para beneficio de los estudiosos de la obra de Negrón Sanjurjo:

Allá por el 1896, poco después de hallarme en Ponce, conocí en la redacción de *La Democracia* al poeta José A. Negrón Sanjurjo. No le había visto nunca, y antes de que hablásemos había ya atraído poderosamente mi atención. Primero, su rostro, de una fealdad atrayente, como iluminado por una luz interna que resplandecía en sus ojos grandes, negros, de inquisitivo mirar. Luego, su endeblez física: un cuerpo pequeño, raquítrico; simplemente lo necesario para albergar un alma. Mirando al hombre, vi algo en él que me pareció muy por arriba de lo común. Y ese algo se perfiló, se concretó en netos rasgos, cuando me dijeron su nombre.

a la inspiración y al talento. // Moratín, nuevo Zoilo, hizo una crítica pedantesca del Hamlet de Shakespeare; pero este drama será considerado siempre como una de las obras más culminantes del ingenio humano, y mientras la fama de Shakespeare llena el mundo, la de Moratín no ha traspasado los Pirineos».

⁴⁷ Eugenio Astol, «Nuestros poetas: José Negrón Sanjurjo», *Puerto Rico Ilustrado*, año II, número 69, 25 de junio de 1911; p. 1.

Le conocía intelectualmente, pues había leído versos suyos; entre éstos su mensaje a El Caribe y los que dedicó al dramaturgo español, Leopoldo Cano. Casi todos los sinsontes puertorriqueños de alguna fama habían saludado en renglones al nuevo burócrata, recién llegado a Puerto Rico para sumarse al engranaje del funcionamiento colonial. Nuestro Parnaso vibró con lírica alegría al mirar uno de los suyos por afinidad, ya que no por la cuna, encaramado en la alta torre de la secretaría del gobierno –lo que era un caso bastante raro tratándose de un poeta. Así Negrón Sanjurjo se unió al cantarino homenaje, pero no en calidad de sinsonte, pues nada de eso había en él, sino de modo muy diverso. En el mensaje aparece una nota personal muy suya, aunque de viejo corte clásico, pero sin hojarasca inútil como un destilador cerebral de imágenes bellas, empleando ideas y giros que se destacaban singularmente de la pajarrera tropical. Oficiaba entonces como crítico y mentor en el dominio de nuestra letras el astur-puertorriqueño, Manuel Fernández Juncos, mucho más meloso que ácido en sus opiniones literarias, y se me ha quedado como enclavada en el magín una frase de su artículo juzgando aquella poesía: “¡Esto ya es escribir!”, dijo el maestro de la hora, como si lanzase un suspiro de alivio. Este juicio a Negrón Sanjurjo sobre el pavés, señalándole un puesto entre nuestros escritores de primera fila.

Negrón Sanjurjo fue por largo tiempo un asiduo colaborador de *La Democracia*, especialmente en su primera etapa, siendo entonces uno de sus más definidos valores políticos y morales. Nacido en Barranquitas, como su fundador, y unido a éste por lazos de un íntimo y viejo afecto, quería a Luis Muñoz Rivera, y también le admiraba, con la devoción que el hermano menor siente por el más viejo si ambos se identificaban en las experiencias del camino. Y este mutuo cariño se robustecía por un común pensar respecto a la política del país. Fruto de su colaboración, además de otros trabajos, fue el opúsculo titulado *Retamas*, en cuyas páginas aparecen reunidas las sátiras en verso que bajo esa denominación escribieron ambos en una

de las secciones más leídas del gallardo vocero autonomista, tratando en esa forma asuntos de interés actual. Firmaban con seudónimos: Muñoz Rivera, *Demócrito* y *Heráclito*, Negrón Sanjurjo. En esas breves composiciones se transparentaba, para el lector perspicaz, el estilo de cada combatiente: Muñoz, más tajante y rotundo; Negrón, más punzante y sutil

La carrera de Negrón Sanjurjo no ofrece grandes incidentes. Su vida fue recogida y modesta, dedicada por entero al estudio y al trabajo. Extremadamente sensitivo, rehuía en lo posible mostrarse en actos sociales o en manifestaciones públicas, limitando la expansión de su trato a un pequeño grupo de amigos. No fue nunca popular, ni por su carácter, ni por las peculiaridades de su talento.

Nació Negrón Sanjurjo en Barranquitas el 21 de marzo de 1865. Fueron sus padres José A. Negrón Berríos, agricultor y comerciante de buena cepa en aquel pueblo de la montaña, y Ángela Sanjurjo Mariño, nacida y educada en Cuba, inteligente, con una cultura no común en las mujeres de su época. El abuelo materno del poeta, sacerdote, había tomado las sagradas órdenes siendo padre de familia, con hijas ya casadas, acogiendo así a la religión y al apartamiento del mundo, ajo el rigor de la pena que le produjo su viudez. Luego el presbítero Sanjurjo ejerció su ministerio en Puerto Rico.

Desde bien temprano habituóse Negrón Sanjurjo a las disciplinas escolares: niño, cuando la instrucción primaria en la escuela del pueblo, dirigida por el profesor Cástulo Rodríguez López, y ya casi un adolescente, en el Seminario Conciliar, donde ingresó a los trece años de edad. Allí obtuvo, brillantemente, el diploma de Bachiller en Ciencias, y se hizo tan experto en matemáticas, –permítaseme el manoseado adjetivo– como más tarde lo fue en literatura.

Nuestro amigo fue un estudiante nato, muy formal y en sazón para recibir prontamente y atesorar cuidadosamente los conocimientos adquiridos. Si surgía algún desorden entre la grey estudiantil, al hacerse sin distinción de personas la consiguiente investigación del caso, sus compañeros le eximían

de ella exclamando: “¡Pepe Negrón no fue! ¡Pepe Negrón no ha tomado parte en esto!”.

Al entrar en el Seminario, pensaba él consagrarse al sacerdocio –¿vocación o influencia de ese ejemplo en la línea materna?– y hacia ese objetivo encauzó sus facultades, pero una vacaciones en el pueblo natal le mostraron otro aliciente mucho más grato y amable, desviándole del religioso intento. Sintióse prendido en las redes de una dulce ilusión. El amor le solicitaba por vez primera. ¿Y cómo resistir a ese llamamiento en los años juveniles, cuando cada uno de ellos es como un bote de expansión primaveral? EL cambio fue definitivo y nuestro futuro poeta, sin la aprobación de sus padres, desistió de prepararse para el estado eclesiástico. No obstante, permaneció célibe toda su vida.

Terminó sus estudios superiores a los dieciocho años de edad. Ya en la lucha, se imponía una orientación nueva. Y alentado por su fraterno amigo Muñoz Rivera, resolvió dedicarse a la enseñanza. Mediante examen en San Juan, se hace profesor de instrucción pública. Gana por oposición la escuela de varones de Caguas. Dirige más tarde la de Comerío. Y el que fuera un excepcional alumno, también da pruebas de ser un excepcional maestro.

El año 1895 renunció al magisterio dirigiéndose a Ponce, para ocupar una plaza de contable en el “Crédito y Ahorro Ponceño”, del que fue gerente más tarde. El mismo años estudió la asignatura de comercio, en el departamento de extensión de la Universidad Lasalle, Chicago, la que acreditó su capacidad técnica en el ramo con el título correspondiente.

La aplicación a los números nunca le impidió estudiar, – estudió hasta que se cerraron para siempre sus ojos–, escribir versos, a mandar a La Democracia artículos de sabia doctrina escritos en castizo castellano, y cumplir sus deberes cívicos. Bajo este aspecto, como un representante de la Unión de Puerto Rico, fue de 1905 a 1906 vocal de la Junta Escolar de Ponce, habiendo sido, en ese cargo, un denodado defensor de los intereses escolares de la ciudad; principalmente de sus maestros.

No sólo dominaba Negrón Sanjurjo nuestro idioma vernáculo; poseía literariamente –lo que ya es mucho poseer– el idioma francés, el inglés, el italiano y el catalán –verdadera lengua culta, no dialecto. También conocía lenguas muertas; el griego y el latín, que aprendió en el Seminario. No hablaba ninguno de esos idiomas. Es decir, lo que se llama hablar, sostener corrientemente una conversación con cualquiera de ellos, sin atascarse en expresión o de carácter popular, ni en modismos usuales, que únicamente se adquieren por personal experiencia.

Vaya una anécdota sobre el caso, del propio Negrón.

(Cambio de soberanía: ocupación militar; tropas estadounidenses acampando en Ponce.)

Negrón se dirige en la calle a un soldado americano, y le pregunta algo en inglés.

El soldado le mira un momento y luego responde:

–*Mi no comprende Spanish.*

¿Cómo diablos había de comprender aquel hijo de Marte el habla correctísima de su interlocutor, según la regla de diccionarios, gramáticas y literaturas?

Y de haber podido responderle, ¿cómo iba a entender Negrón su *slang* de Kentucky?

Negrón Sanjurjo introdujo en Ponce el Esperanto, idioma universal elanorado artísticamente por el polaco Zamenhoff, con todas las armas lingüísticas necesarias para abrirse camino en el mundo. Todavía hoy se mantiene en el cartel; algunas universidades europeas lo han incluido en su programa de estudios, ya lo han utilizado como instrumento verbal en congresos internacionales. En casa del poeta nos reuníamos varios amigos para iniciarnos en la nueva lengua, oficiando él como maestro, pero –lo que pasa siempre en Puerto Rico– al cabo de poco tiempo, sólo quedábamos dos estudiantes: Negrón y el que esto escribe. Luego yo también me cansé. Tales deserciones no hicieron mella ninguna en aquel trabajador solitario, y con tanta bizarría prosiguió en el empeño, que llegó a escribir en dicho idioma una composición poética y hasta se produjo

en la misma habla como conferenciante representando a Puerto Rico en un congreso mundial de esperantistas, celebrado en Washington, elevando bien alto, con tal carácter, la bandera cultural de nuestro pueblo.

También era Negrón un consumado ajedrecista y fue un entusiasta promotor de este noble juego. Conocía música; dibujaba; una y otra cosa, como simple *amateur*.

Su verdadero pedestal es el verso. Por la ideología, si no por el estilo, es un precursor en Puerto Rico de la poesía moderna. No tiene gran aliento lírico, pero es penetrante y hondo, compensando en intensidad lo que le falta en amplitud. Es el menos regional de nuestros poetas, en el sentido pintoresco. A este hijo de la montaña, muy poco o nada le dicen los paisajes familiares de su niñez. Versado en extranjeras literaturas –la francesa, sobre todo–, es algo extraño a nuestro medio por la precisión de su lenguaje y su sensibilidad contenida y discreta. Es un poeta erudito, cerebral, espiritualmente, bastante cerca de Heredia y Sully Prudhomme; en cambio, lejanísimo de Quintana y de Zorrilla, de Campoamor o de Núñez de Arce, que tanto han influido en nuestros cantores de ayer. Sus composiciones mejores son las que agrupó bajo este título: *Reflexivas*. Su bagaje es muy corto, si nos atenemos a lo que publicó, pero aquí también la calidad compensa la cantidad. Varias de sus poesías –incluyendo las traducciones– tienen derecho a figurar entre lo mejor que se ha escrito en verso castellano. Su aportación bibliográfica es la siguiente: *Mensaje a El Caribe* (1896), *Poesías* (1905), *Dua Kreanto* (poema en esperanto) (1910). Sus trabajos en prosa no han sido recopilados.

Cercano el final de su jornada, Negrón Sanjurjo tuvo que retirarse del “Crédito y Ahorro Ponceño”, por su quebrantada salud. El Banco le señaló una pensión, como reconocimiento de sus valiosos servicios, tributándole, por escrito y verbalmente, el homenaje que merecía. El 7 de abril de 1927, murió el poeta en Ponce y sus restos fueron trasladados a Río Piedras, donde fueron enterrados, junto a las tumbas de seres íntimamente unidos al poeta por el afecto y el lazo familiar.

Concluyo estas líneas, insertando como notas finales el soneto “El ajedrez” (la obra maestra del poeta) y “La concha”, de Heredia, una de sus mejores traducciones. [...].⁴⁸

En una prosa titulada «Crónica trashumante», viaje en automóvil que va a través de la montaña hasta desembocar en la ciudad moderna, Santurce, San Juan, Cataño, el poeta se refiere a su pluma «paralítica de las letras», porque se dedicaba más al ministerio de Mercurio –los negocios– que al de Apolo y Minerva⁴⁹. Esa crónica revela, en cierto modo, la actitud que irá asumiendo Negrón Sanjurjo en relación con su propia poesía: pasará de una imagen idílica y evasiva a la presentación de los temas urbanos, como lo irá haciendo también la poesía en su transición del siglo XIX al XX:

Mi pluma, esta paralítica de las letras, que apenas mueve ya sus puntos más que para trazar la seca epístola de negocios o el árido guarismo condensador, hoy se despereza y corre sin trabas por el campo de los recuerdos, donde crece sin cultivo la verdolaga de la melancolía.

Hoy me siento subjetivo como nunca.

Y al dejar por un instante la fragua del cálculo para abrazar, más que con los brazos con el alma a los seres que ocupan puesto de altísima distinción en mi cariño, la idea en mi cerebro se ilumina, y desciende al papel rejuvenecedor, alegre y triscadora.

No me lean los que sólo busquen la nota palpitante y descriptiva, el rasgo original y gráfico, la pincelada vigorosa y resplandeciente.

Dejo caer sobre esta página un trozo de mí mismo; quiero beber en mi vaso como Alfredo de Musset; traslado a la cuartilla mis impresiones, mis intimidades, algo que me pertenece,

⁴⁸ Eugenio Astol, «José A. Negrón Sanjurjo», *Puerto Rico Ilustrado*, año XXVII, número 1371, 13 de junio de 1936; p. 19. Acompañaba al artículo una foto que hemos colocado en la portada de este libro.

⁴⁹ Ver, José A. Negrón Sanjurjo, «Crónica trashumante», *La Democracia*, año VIII, número 1883, 8 de enero de 1898; p. 3.

porque no es de nadie y porque es mío... Empapo el estilo en la blanda médula de mi ser, para hablar conmigo, aún a riesgo de que no me escuchen los demás.

Esclavo de la servidumbre de Mercurio, sirvo a hurtadillas a Apolo y a Minerva, mis dueños por la vocación y por la voluntad. Y a veces, para oficiar más libremente en el ara de las divinidades que conquistan mi albedrío, suelo desligarme de la tutela del dios que remunera mi labor.

Escribo bajo la influencia de uno de esos cambios accidentales de servidumbre.

Con el aire fresquísimo de la madrugada que penetraba en mis pulmones, penetraba también un sople de bienestar en la mitad incorpórea de mi organismo.

Venía yo con rumbo al Norte, a este Norte hacia donde en mis horas de tristeza dirige con frecuencia sus movimientos la brújula de mi corazón.

Tras la vía, mitad fluvial, mitad terrestre, que conduce a Juana Díaz, media hora antes de llegar a Coamo, alborea.

Al parpadeo húmedo e intermitente de las estrellas, clavadas como alfileres de diamante en el azul profundo del espacio, sucedió la vergüenza de la aurora al lavar su rostro en el rocío de las flores.

Sirio, mi novia del aire, pareció darme su último adiós en el rayo más intenso de su luz, y el sol, coronando la montaña, apareció tibio y áureo en la línea oriental del horizonte.

De Coamo a Aibonito:

*Por estas asperezas se camina
De la inmortalidad al alto asiento.*

La Asomante se me hace demasiado cuesta arriba.

Y no seré yo quien a pie la suba, ni quien con la pluma la describa.

En Aibonito empezó a caer un polvillo de agua que roció todo el trayecto por recorrer, con escasos intervalos, hasta la misma capital.

A pesar del ceño de la atmósfera, el camino hacia Cayey, como siempre, me sedujo.

El *Plata* es mi viejo camarada.

De niño, le tuve ley porque a través de mis alegrías le vi invariablemente risueño al vadearle, allí por las vegas de Toa Alta, cuando en mis vacaciones anuales de seminarista regresaba yo al caldeante regazo de mis hogar.

Después, viví a sus márgenes y al murmullo de sus corrientes se mezclaron mis rimas nostálgicas, los amargos endecasílabos de mis RETAMAS.

En la densa neblina que cubre su cauce en ocasiones, humedecí las alas de mi fantasía.

Y hoy ese cristal semoviente es un espejo de mi memoria.

¡Adiós, ancho río, que llevas diluida en tus argénteas aguas una porción no pequeña de mis júbilos infantiles y una gran parte de mis juveniles devaneos!

Es verdaderamente raro el contraste que ofrece la naturaleza en esta zona de la carretera central.

Ña cordillera, gigante valle de verdura, recorta en el dosel del cielo el soberbio festón de sus picaduras.

Y mientras la cúpula atrevida y enhiesta busca el éter a guisa de frente pensadora, la hondonada se ahueca y se deprime abajo, bien abajo, como escondiendo en el abismo su vergonzosa degradación.

Y entre la hondonada y la cumbre, toda una escala gradual de oteros y colinas, de mesetas y gargantas, que se atropellan, que se empujan, que se oprimen, fingiendo olas innumerables de un mar de esmeralda que van a romperse en el infinito azul.

Hay bosques de palmas semejantes a ejércitos de gigantes que suben por las rápidas pendientes.

Y no falta el monte calvo, ni falta la calvicie del peñón.

Denuncia la proximidad de Caguas un cultivo empeñado y persistente.

El tabaco busca sitio en todas partes: en la abrupta ladera; en la planicie que trunca el cono de los montículos; en el desfiladero que enlaza las vertientes.

La llanura empieza a dominar.

Pero no escasean las elevaciones de terreno, que nos recuerdan los cuadros comparativos a relieve, donde nos es dable apreciar la altura de las más altas montañas de la tierra.

Caguas, la triste, tiene para mí no sé qué fuerzas de atracción. En Caguas desperté a la vida del trabajo que es mi culto.

Y yo no olvido las etapas de mi existencia, donde mi espíritu se detuvo a recoger la enseñanza que esclarece, la nota moral que educa o el sufrimiento y la satisfacción que tonifican alternativamente la sensibilidad.

Desde el puente de las Damas puede contemplarse una de las más pintorescas decoraciones del camino.

De tal suerte ondean y se entrelazan los declives de la sierra a trechos sembrada con la rica planta del Nicot, que el resalto es punto menos que imperceptible, y produce en el observador la impresión de una magnífica acuarela, en que el pincel colorista recorrió toda la gama del tono verde, ya, profundo, casi negro, ya desleído, casi áureo, ya netamente puro sin parentesco visible con los colores que les son afines.

El agua arrecia.

Es preciso replegarse muy al fondo del carruaje para no recibir en pleno rostro el azote de la lluvia.

Santurce –Capital–. Ya no es la majestad de la montaña, ni el silencio del valle, ni el paso estrecho de la cañada, ni el tapiz que entretejen las plantas trepadoras. No es la obra natural lo que interesa.

La mano del hombre sustituye a la mano de Dios. La caprichosa y regocijada arquitectura de los *chalets* de Santurce absorbe la contemplación.

Entro en la ciudad europea de Puerto Rico, en la modernísima San Juan.

Aquí desperté a la vida de la inteligencia. Aquí se abrió mi nunca extinguida gana de saber.

Vuelvo a ser niño por un momento, y aun parece que llevo sobre mi cabeza el bonete y sobre mis hombros la beca del

seminarista. De aquel seminarista que recuerda aún, como si fuesen recién aprendidos, los versos de reglas latinas, de Raimundo de Miguel, y que aun matiza sus costumbres con la austera práctica de los preceptos falansterianos.

Ahora, a Cataño, es decir: a la intimidad de los amigos que no engañan.

Desde este hogar, que siempre fue la mitad del hogar mío; desde este bogar donde vi más de una vez la resurrección de mi madre en la persona de una excelente mujer, Beatriz Díaz, que duerme ya en el gran lecho de la eternidad; desde este hogar donde se me agasaja como a un bebé engreído y voluntarioso; desde este nido de ternuras, va en *el vuelo de las aves marinas y en el curso de los vientos callados* mi salido a Ponce, la gentil.

Con la incesante palpitación de las olas que arrullan mis horas de asueto, se confunden la palpitación del recuerdo que consagro a los que bien estimo.

Muy pronto volveré al yunque.

Y de mi peñola rígida bajará al papel la cifra condensadora, como baja el pensamiento, desde las peligrosas cumbres del prosa de una realidad sana, seria y reflexiva.

Entre tanto creo, como el insigne Bécquer

Que yo llevo algo
Divino aquí dentro.

Sí, aquí dentro de mi corazón, algo divino: la imagen de la mujer a quien adoro.

Cataño, 6 de Enero de 1.898.⁵⁰

Aun así, al observar la totalidad de la poesía de José A. Negrón Sanjurjo, queda la imprecisa imagen de un poeta que varió su plectro

⁵⁰ José A. Negrón Sanjurjo, «Crónica trashumante», *La Democracia*, año VIII, número 1883, 8 de enero de 1898; p. 3.

en diversas modalidades para exponer un eclecticismo que va de la poesía socialmente comprometida hasta su cara opuesta, la poesía afiliada al *arte por el arte*, aquella que su amigo Luis Muñoz Rivera llegó a degradar como discurso opuesto al compromiso político por la lucha hacia la autonomía de la Patria, aunque bien es cierto que él mismo había practicado el modernismo en su vertiente evasiva. De «El monte azul», nítida preocupación por el ideal inalcanzable, con la potente imagen de esa montaña que a la distancia se observa de un color y al acercarse se percibe de otro, da paso a la poesía de las «Retamas», pero entre ellas, de vez en cuando, se divisan gemas que apuntan al cromatismo y a la evasión del modernismo inicial, como en «La canción de los trigos», publicada en el periódico *La Democracia* en 1896. En este poema, ensaya la mezcla de versos decasílabos y hexasílabos:

Sobre el campo de rubias espigas
Su abanico agitaron los céfiros,
Y aquel mar de topacio, en mil ondas
Sintió conmovidos
Sus débiles nervios.

Se besaron, al soplo, las mieses;
Y las brisas, cargadas de besos,
Ni lograron tal vez darse cuenta
Del oro que en granos
Quedaba en el suelo.

Cuando un soplo de pena en las almas
Se desliza a manera de plectro,
Al temblor de las fibras, hay ósculos
Que el aire armonizan
Trocados en versos.

Mas, ¡qué importan al aire los granos
De dorada ilusión, que cayeron...!
¡Oh, mi bella hortelana! La duda

Mi campo de espigas
Está conmoviendo.⁵¹

Hay en Negrón Sanjurjo una vertiente que conecta con la exquisita poesía de Gustavo Adolfo Bécquer, como en el primer José Asunción Silva, y que da a su poesía la armonía, belleza y musicalidad que llevaron a Juan Ramón Jiménez a retrotraer el «modernismo» hasta el autor de las *Rimas*. Bien es cierto que pudiera ser una exageración del autor de *Platero y yo*; pero algo hay de nuevo en los versos de Bécquer que lo instala en la disidencia. Algo similar, aunque con mayor posibilidad, ha propuesto el mexicano Arqueles Vela, al señalar que los orígenes del modernismo se encuentran enraizados en el poeta estadounidense Edgar Allan Poe, toda vez que este influye en los poetas franceses que darían origen a todas las metamorfosis del modernismo francés; es decir, Charles Baudelaire y Stéphane Mallarmé: «La teoría literaria de Edgar Poe –sugerida por su obra lírica– aprovechada parcialmente por Baudelaire y los simbolistas, contiene el complejo poético, denominado modernismo»⁵². No obstante, Negrón Sanjurjo no se apegaba a ninguna escuela. Ensayó variedad de versos y estrofas, desde el soneto hasta la silva. En esta última pergeña su poema titulado «Subjetiva»:

Buscas la estrofa mía:
Piensas, tal vez, que son mis cantinelas
Ánforas de alegría,
Cuando son copas, llenas
Con el amargo ajenjo de mis penas.

Es el dolor que canta,
Para llegar a ti, mal mensajero,
Pues lleva en la garganta

⁵¹ José A. Negrón Sanjurjo, *La Democracia*, «La canción de los trigos», *La Democracia*, año VII, número 1571, 29 de diciembre de 1896; p. 3.

⁵² Arqueles Vela, *El modernismo, su filosofía, su estética, su técnica*, México, Porrúa, 1974; p. 22.

El trino lastimero,
De hondísimas tristezas agorero.

No sé para qué quieres
Rimada ver mi simpatía, arrullo
De tus encantos: ¡si eres
Entreabierto capullo
Donde mi inspiración guarda su orgullo!

¡Al menos, tu pupila,
Con ser, también, como mi verso, oscura,
-Lago de amor- rutila,
Y allá en su fondo augura
Con todos sus misterios, la ventura!

¡Al menos, aún en blanco,
-Lo mismo que mis dichas-tus amores,
Sobre horizonte franco
Y en primicia de albores,
Prometen un incendio de esplendores!

¡Toma la estrofa mía!
Trueca el ánfora ya, de ajeno llena,
En cáliz de alegría:
Por ti, que eres tan buena,
Tiembla de gozo ¡hasta la misma pena!⁵³

En el poema titulado «Acuarela», como los poetas prerrafaelistas y parnasianos, mezcla colores y asemeja la poesía a la pintura:

Deja el docto pincel sobre la tela
Multicolora estela;
Su leyenda forjó la fantasía;

⁵³ José A. Negrón Sanjurjo, «Subjetiva», *La Democracia*, año VIII, número 1944, 19 de marzo de 1898; p. 3.

Y cuando el lienzo concluido estaba,
¡Con qué dolor yo ansiaba
Despertar a la niña que dormía!

I

El cuadro en mi memoria aún está vivo:
Una vid y un olivo
Destácanse en el término primero;
Hay, entre olivo y vid, una matrona
Que, a guisa de corona,
Sus plantas besa el mar, y graba en ellas
De áureo polvo las huellas;
Que el mar que el pie de la matrona baña,
Sobre su lomo líquido conduce
El oro que produce
La región del cafeto y de la caña.

II

En término segundo se divisa,
Algo menos precisa
Porque la empequeñece la distancia,
La silueta de hermosa rapazuela
Que en su actitud revela
Cuánta es la magnitud de su arrogancia.
De sus pupilas el fulgor, que quema,
Le sirve de diadema;
Asen sus manos algo que fulgura
Como la espada al sol, y a ambos linderos
Se ven como guerreros
Que oculta una verdísima espesura.

III

Feliz, al parecer; confiada, inerme,

Sueño de tumbas duerme
Allá, en última linde, una chiquilla,
Que, por serlo de más, se ha desceñido,
Mostrando el pecho herido,
Por la abertura de la blanca almilla.

O el rayo ardiente, o la cuajada gota
Su tierno rostro azota
Expuesto al criminal y a la intemperie:
Y la leyenda de sus penas duras
Relata desventuras
En dilatada interminable serie.

Dejó el docto pincel sobre la tela
Multicolora estela;
Su fábula tramó la fantasía:
Y cada vez que el lienzo contemplaba,
¡Con qué dolor yo ansiaba
Despertar a la niña que dormía!⁵⁴

En el poema titulado «A flor de agua», dedicado «Al bondadoso e inteligente pedagogo Don Adrián Martínez Gandía», Negrón Sanjurjo expone un proyecto a la existencia humana a partir de la comparación con el buzo que se sumerge en el mar para descubrir sus secretos y alcanza finalmente la muerte. Es tema romántico por excelencia la búsqueda en la conciencia profunda:

Mirad: ese el buzo
Que al fondo negro de la mar se lanza,
Por contemplar el fleco
De la espuma que bulle a flor de agua.

Le ciega su locura;

⁵⁴ José A. Negrón Sanjurjo, «Acuarela», *La Democracia*, año VIII, número 2180, 1 de abril de 1899; p. 3.

El vértigo le arrastra,
Y antes, al sepultarse entre las olas,
Pisó la espuma que en hallar se afana.

De abismos en abismos
A perseguirla baja,
Mientras por la marina superficie
Tiende la espuma su flotante nácar.

Esclavo, a un tiempo, y víctima
De su locura extraña,
Busca, busca, y, al fin, tumba le ofrece
La inmensidad salada.

.....
Buzo del hondo mar de la conciencia,
Que a Dios buscando en el misterio vagas,
Deja la oscuridad; si hallarle quieres,
Búscalos a flor de agua.⁵⁵

No estaba muy desacertada Adriana Ramos Mimoso al considerar a Negrón Sanjurjo junto con José de Jesús Domínguez, José de Diego y Rafael del Valle como pre-modernistas o adelantados de la renovación lírica en Puerto Rico⁵⁶. Resaltaba la afinidad del poeta por el parnasianismo y por el simbolismo a través de sus lecturas y traducciones de Sully Prudhomme y José María Heredia, de quienes traduce «El vaso hendido», del primero, y «La concha», del segundo. Sin embargo, en su empeño por llevar a cabo la empresa de escribir una poesía simbolista, afirma Ramos Mimoso:

Hay una visible voluntad de estilo que se caracteriza por el uso del símbolo, de la imagen y por el deseo de perfeccionamien-

⁵⁵ José A. Negrón Sanjurjo, «A flor de agua», *La Democracia*, año II, número 324, 30 de julio de 1892; p. 3.

⁵⁶ Ver, Adriana Ramos Mimoso, «El modernismo en la lírica puertorriqueña», *Literatura puertorriqueña, 21 conferencias*, San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1969; p. 182.

to formal. La poesía “Acuarela” se escribe en endecasílabos y heptasílabos. El título descubre una intención pictórica, pero el poeta fracasa en cristalizar la plasticidad a la que he de suponer aspiró. Además se enfrasca en explicaciones y se pierde la vaguedad sugerente simbolista.⁵⁷

Con los ejemplos aquí señalados, basta para colocar a José A. Negrón Sanjurjo en la pléyade de poetas que inició el movimiento hacia el modernismo en Puerto Rico en la última década del siglo XIX, aun cuando luego haya desviado su camino nuevamente hacia la poesía comprometida, alejándose de otros poetas como Ferdinand R. Cestero, Eugenio Astol y Ernesto Avellanet Mattei, quienes dieron mayor impulso a la estética modernista, junto con Arístides Moll Boscana, José de Jesús Esteves y Jesús María Lago, entre otros, en la década inicial del siglo XX.

⁵⁷ *Ibid.*; p. 185.